
Selección
TERROR
BOLSILIBROS
BRUGUERA
CURTIS GARLAND
ESTUDIO EN NEGRO



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

429 — Caza de monstruos, *Adam Surray*.
430 — La Venus de los cuernos de la luna, *Ralph Barby*.
431 — Noches de amor eterno, *Lou Carrigan*.
432 — Madame Guillotin, *Frank Caudett*.
433 — Cita en el invernadero, *Lou Carrigan*.

CURTIS GARLAND

ESTUDIO EN NEGRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 434
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.394 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO
«ESTUDIO EN NEGRO»

Estaba lloviendo de nuevo.

Las gotas de agua iban martilleando en las amplias vidrieras inclinadas de la buhardilla, para luego resbalar como lagrimones sobre el cristal, emborronando lentamente el perfil oscuro de los edificios situados enfrente, más elevados que aquél, y cuya panorámica casi general la constituían los pizarrosos tejados repletos de chimeneas, muchas de ellas con el penacho de humo negruzco procedente de los hogares encendidos.

Hacía frío en la buhardilla, además de humedad. Brian Cameron resolvió encender la vieja estufa herrumbrosa mientras subía la llama del gas lo más posible, para ahuyentar las cada vez más intensas penumbras que la lluviosa tarde iba sembrando dentro del estudio de pintor. Maldijo entre dientes, renunciando a seguir con sus pinceles al pie del caballete. Con aquella luz era imposible inspirarse para concluir el cuadro del amanecer en las rocas de Devonshire.

Lo malo es que contaba con el dinero de aquel cuadro para salvar el bache económico en que, para no variar, se encontraba en estos momentos. Lord Wingate había prometido pagarle al contado el valor del cuadro, si estaba terminado para la mañana siguiente. Y buena falta que le hacía el dinero. Toda su fortuna, en estos momentos, era de diez o doce chelines hurgando en los bolsillos y en la lata del té para rebañar todos sus ahorros. Sólo de alquiler y de gas debía seis veces más. Si lord Wingate no le entregaba al día siguiente las diez guineas prometidas, no sólo le cortarían el suministro del gas, sino que le pondrían de patitas en la calle, sin demasiados miramientos. La señora Trunball era todo lo contrario de la casera paciente o de una dama caritativa con el necesitado.

—Mañana te terminaré, amigo —dijo al cuadro, con un guiño de disgusto, preguntándose si habría luz suficiente al amanecer, y si su crujiente estómago vacío le permitiría permanecer en pie, sin más alimento que el pan duro y el queso, hasta que llegase el providencial lord Wingate con sus guineas relucientes—. Creo que en cosa de tres horas de luz, podrás estar listo. Eso si no llueve demasiado y el cielo sigue negro como la pez. Entonces... no sé qué haré, la verdad.

Y contempló, desolado, el lienzo donde los brezos y las flores silvestres florecían junto a las blancas rocas y el mar azul, rompiendo en crestas de oleaje, bajo la luz cálida de un sol matinal, fusión de rojos y anaranjados de gran belleza.

Por contraste con la luminosidad del cuadro, todavía se hacía más hosco y sombrío aquel sórdido atardecer en Spitafields, al norte del río y del nada respetable barrio de Whitechapel. La lluvia arreciaba por momentos, y una gotera comenzó a torturarle con el monocorde golpeteo en el encerado suelo

de madera. Soltó otra sarta de maldiciones, fue a por un cubo de estaño al fregadero, y lo puso bajo la gota insistente. El ruido se hizo más sordo y metálico, pero al menos no se encharcaría el suelo, pensó con resignación, preparando sobre un lado de la mesa, sucia de pintura y de aguarrás, un trozo de pan seco, otro de queso de oveja y una botella de cerveza, la última de sus reservas.

Comió con buen apetito a la luz de la única lámpara de gas de la estancia, en tanto la lluvia crepitaba allá fuera y la vieja estufa comenzaba a caldear algo el ambiente, aunque no demasiado. Terminada la frugal cena, apuró la botella de cerveza, lamentando no tener alguna más de reserva para llenarse el estómago de algo, aunque no fuese precisamente comida.

Brian Cameron se preguntó, contemplando abstraído el deslizamiento de la lluvia sobre la claraboya del estudio, qué debía sentirse en una noche así, sentado a una buena mesa, frente a manjares tan apetitosos como un buen cordero dorado al horno, rodeado de patatas, zanahorias y cebollas, una botella de buen vino y pan tierno y crujiente, en una estancia bien iluminada y confortable, y con una hermosa mujer al lado.

Hubo un tiempo en que pensó que su arte le daría todo eso y mucho más. Fue cuando llegó a Londres, procedente de su Gales natal. Huía de un destino oscuro y fatigoso en las minas de carbón, buscaba en su arte la evasión y la vicaria. No había conseguido gran cosa en aquellos dos años de residencia en Londres. Sólo miseria, unas pocas guineas por cada cuadro, regateos con los marchantes, tan implacables como el cobrador del gas o como la señora Trunball, su casera, y muchas calamidades juntas, pasando por el hambre, la miseria y la desesperanza.

Aun así, allí continuaba. Sabía que podía volver en cualquier momento a Gales, y encontrar trabajo en las minas. Su no Harold era capataz de una de ellas, la más importante de la región. Estaba siempre escribiéndole, diciéndole que los pinceles y el arte no daban para nada, y que él podía, en poco tiempo, ser un minero de primera clase, y en pocos años, subir a su propio puesto y llegar, incluso, a encargado principal de la empresa.

Pero vivir toda su vida en aquel lugar, entre hollín y miseria, para un día ser alguien en la pequeña comunidad galesa, con el cuerpo y el alma ennegrecidos por el polvo de carbón, no le seducía lo más mínimo. Ni siquiera se había dignado contestar a las cartas de su tío Harold.

Sabía que podía pedirle ayuda y en unos días tendría en Londres un giro de unas guineas para ir tirando. Pero su orgullo le impedía confesar a nadie, y menos aún a su tío, que era un fracasado, un hombre que no lograba abrirse camino en el mundo del arte, que la soñada conquista de Londres estaba lejos, muy lejos de ser realidad.

Encargos como el de lord Wingate no abundaban. Pero lo cierto es que tampoco resolvían gran cosa. Diez guineas era una suma respetable, sobre todo dada su situación económica, pero durarían un tiempo y luego... ¿qué? Vuelta a intentar vender otro cuadro a cualquier marchante que no haría sino

poner objeciones al motivo, al estilo, lamentándose de la crisis de compradores y todo eso que él se conocía ya de memoria.

Notó cierta somnolencia y resolvió tomar un poco de café. Quedaba poco en la lata, pero aún quedaba menos té, por lo que se decidió por el café, preparando la infusión.

Acababa de servirse la taza de humeante líquido negro, cuando golpearon en la puerta de la buhardilla.

Su corazón le dio un vuelco. Era demasiado tarde para que vinieran a cortarle el gas. Pero no para que la inevitable señora Trunball insistiera en reclamar su dinero una vez más, amenazándole con ponerle de patitas en la calle.

Insistieron en la llamada. Brian se puso cansadamente en pie.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—Abra, por favor —dijo una voz suave, correcta, que en absoluto podía ser la de la señora Trunball, aunque sí era femenina—. Usted no me conoce. Vengo a ver a Brian Cameron, el pintor.

Brian pestañeó, sorprendido. No esperaba a nadie allí. Y —menos aún a una mujer. Abrió la puerta. Se quedó mirando, estupefacto, a su visita.

—Buenas tardes —saludó ésta—. ¿Puedo pasar, señor Cameron?

Sabía su nombre. De modo que aquella dama no se equivocaba de alojamiento. Sin embargo, era la última visita que .hubiese podido esperar. Aquella clase de personas no frecuentara su hogar. Eran de esa especie de gentes que, de haberse cruzado con él por la calle, le hubieran eludido cuidadosamente.

Era toda una dama, en efecto. Alta, joven, hermosa y elegante. Un par de vivaces e inteligentes ojos pardos se fijaron en él, desde el óvalo perfecto y rosado de un rostro bellísimo, los labios carnosos, bien dibujados, formaron un leve mohín risueño.

—¿Es que no va a invitarme a entrar? —sonrió al fin.

—Oh, perdone —se hizo a un lado, confuso—. Entre, por favor, señorita. Pero mi humilde buhardilla no es el lugar —más adecuado para una dama como usted...

—No pretendo visitar Buckingham Palace, sino su casa, señor Cameron —dijo ella, con su dulce sonrisa flotando en la boca sensual y atractiva. Miró en derredor, pensativa, observando el café humeante, las migajas de pan y queso y la vacía botella de cerveza. Preguntó, con gran sencillez—: ¿No podría tomar un poco de café? Hace un frío y una humedad terrible en la calle, señor Cameron.

—Por supuesto —se apresuró a afirmar él, acercándose con rapidez a la mesa—. Esa es mi taza. Aún no lo he comenzado. Puede tomarla usted. Yo me serviré otra.

—Gracias. Es muy amable —se sentó frente a la taza, sin demostrar remilgo alguno, como si fuese normal para ella visitar una casa semejante. Luego, al ver que se servía Cameron solamente media taza de café, protestó

—: Oh, debió decirme que no había más café... Ahora le he dejado a usted sin él.

—Tengo suficiente, se lo aseguro —sonrió Brian, cortés—. Lo que lamento es no poderle servir una copa de brandy o de alguna otra cosa...

—No importa —suspiró ella—. Sólo me gusta el oporto. ¿No bebe usted alcohol?

—Sí —sonrió Brian—. Cuando tengo dinero para ello, señorita.

—Entiendo —volvió a mirar alrededor suyo—. ¿No van bien las cosas?

—No. Nada bien.

—Es una mala época para mucha gente —se mostró ella trivial ahora—. Pero yo vengo a pedirle un trabajo. Es un encargo que puede complacerle.

—¿Un encargo? —los ojos de Brian se animaron. Luego mostró el cuadro sin terminar—. Tengo otro pendiente. Mañana debe estar listo. Pero no es fácil imaginar paisajes con sol y flores viviendo en esta buhardilla, en Spitafields...

—No, ciertamente no lo es —ella examinó el cuadro como ponderando sus atractivos—. A pesar de ello, es una bella vista. Me gusta cómo pinta usted, señor Cameron.

—Gracias. ¿Alguien le habló de mí?

—Un marchante. Le adquirí un cuadro suyo en veinte guineas. Un tema llamado «Soledad».

—¡«Soledad»! —repitió Brian, furioso—. ¡Qué pillo! Ese marchante me pagó sólo dos guineas por él...

—Así son los negocios, señor Cameron —sonrió la dama—. Por eso le conviene más un encargo directo. Espero que éste le sea posible hacerlo en nuestro brumoso, triste y húmedo Londres. Será un tema adecuado al lugar. Deseo darle el tema y el título del cuadro antes de convenir el precio. ¿Le interesa el negocio?

—Prefiero elegir yo los temas, por supuesto. Pero siendo un encargo personal... —Brian se encogió de hombros—. Dígame qué quiere, con exactitud. Y qué tiempo tengo para trabajar en ello...

—Fije usted mismo su tiempo. No quiero apresurarle ni obligarle a nada. Sólo al tema. Ha de ser muy especial. Su titulo será «Estudio en Negro».

—«Estudio en Negro»... —repitió Brian—. Sugiere algo triste, lúgubre.

—Ha de serlo, en efecto. Quiero que pinte a una mujer muerta, dentro de un féretro, rodeada de negros cortinajes y con cuatro velones en torno.

—Cielos... —Cameron se estremeció, mirando con estupor a su visitante —. ¿De veras quiere algo así?

—Sí. La mujer habrá de ser a su entero gusto. Píntela como quiera imaginarla. Pero deseo que tenga este rostro.

Puso sobre la mesa un broche de oro con brillantes. Brian se inclinó a ver el óleo pequeño del camafeo. Lanzó una exclamación, mirando con horror a su visitante.

—¿Se quiere burlar de mí, señorita? —jadeó—. Esa mujer del retrato... es

usted.

—Sí —suspiró ella—. Soy yo.

—Pero... Pero eso no tiene sentido. Es una idea... macabra.

—Eso no debe importarle —dijo la dama, irguiéndose en el asiento y tomando un sorbo de café. Luego buscó en su monedero y extrajo algo más, que puso junto al camafeo. A Cameron se le dilataron los ojos, fijos en el fajo de billetes de diez libras que estaba contemplando—. Este es el pago del encargo. Por adelantado: cien libras esterlinas, señor Cameron.

—¡Cien libras! —jadeó él, estupefacto—. ¡Pero eso es una fortuna, señorita...!

—No importa mi nombre —sonrió ella misteriosamente. Puso sus manos sobre ambas cosas: dinero y camafeo. Manos aristocráticas, marfileñas, de largos dedos puntiagudos, con joyas sobrias y costosas—. Quédese con ambas cosas: camafeo y dinero. Son suyos. Cuando haya terminado el cuadro, si es que acepta, devuélvame el camafeo. Es todo.

—¿No quiere posar personalmente, puesto que ese «Estudio» será un retrato suyo?

—No. No puedo posar. Utilice mi retrato y su propio recuerdo de mi imagen. No vendrá nadie a por el retrato. Usted deberá llevarlo a unas señas que recibirá puntualmente por correo dentro de dos semanas. Si para entonces está el cuadro, llévelo. Si no, hágalo cuando usted haya concluido la tarea, sea cuando sea. No lo olvide. Confío plenamente en usted.

—¿Por qué? No me conoce de nada. Podría engañarla y no trabajar. Incluso podría desaparecer de esta casa, de este barrio, de Londres. Con cien libras y un camafeo que debe de valer diez veces más...

—Veinte veces más, posiblemente —le interrumpió ella—. No encontraría uno igual por dos mil libras. Los diamantes son muy limpios. No siga. Confío en usted, ya se lo dije. Sé que no hará nada de lo que dice. Que cumplirá el encargo. No me pregunte por qué. Lo sé, y eso basta. ¿Qué responde? ¿Acepta el encargo o no?

—Claro —Brian tragó saliva—. Por cien libras aceptaría cualquier encargo. No me gusta la idea de la obra que usted desea, pero es la cliente y usted manda. ¿Seguro que desea pagar la totalidad por anticipado?

—Ya está pagada —sonrió la dama, poniéndose en pie majestuosamente —. Ahora, señor Cameron, buenas noches. Creo que podrá comprar algo más de café, e incluso irse a cenar por ahí con un carruaje que le proteja de la lluvia. Olvídese de ese encargo y termine su paisaje de Devonshire en otro momento. Esta noche puede permitirse el lujo de olvidar un momento sus depresiones y problemas.

—No sé cómo agradecerle...

—No lo haga. Le pago un trabajo, simplemente. Me gusta usted como pintor y deseo esa obra. Ojalá sea el principio de una época mejor para usted...

—Dios la oiga. Buenas noches, señorita...

—Buenas noches —respondió la dama sin nombre, abandonando el estudio y comenzando a bajar las crujientes, angostas escaleras de la casa—. Avisaré a su patrona para que suba a cobrar el alquiler. Parecía bastante molesta cuando me vio subir a verle, pensando quizá en otra cosa. Y no dejó de comentar lo de sus deudas...

—Esa vieja bruja... —resopló Brian—. Creo que va a quedarse pronto con su maldita buhardilla. Sí, por favor. Dígale que suba. Le pagaré hasta el último penique.

Cuando la señora Tumball hubo cobrado la suma pendiente y se deshizo en sonrisas y disculpas con él, Brian Cameron eligió su único traje decente, se puso su raído macferlán y su sombrero hongo, tomó el viejo paraguas del armario y salió a la calle.

Llovía torrencialmente, pero eso ya no le importaba. Tenía casi cien libras en el bolsillo y no debía nada a la señora Tumball. Eso había que celebrarlo. A! diablo con lord Wingate y su encargo. Que volviera otro día a por el cuadro.

Cenó en un restaurante de Aldgate y se bebió un montón de cervezas en un pub de Bishopsgate, el Dirty Dick. Cuando regreso a la buhardilla estaba medio ebrio y con el estómago repleto. Se acostó, quedándose dormido en el acto, sin siquiera desnudarse. Cuando la luz del día cayó sobre su rostro, a través de las vidrieras de la claraboya, ya no llovía e incluso asomaba un tibio sol otoñal entre las nubes.

Se preguntó si había soñado aquella visita, el encargo del siniestro «Estudio en Negro» e incluso su opípara cena y sus numerosas jarras de cerveza en el pub. La resaca que le invadía y la presencia de un montón de billetes sobre la mesa, le confirmaron que no era así. No era un sueño. Alguien le había pagado cien libras por un cuadro donde tenía que verse al propio cliente dentro de un féretro, en una cámara ardiente. Una mujer hermosa, joven y aristocrática, deseaba un extraño encargo llamado «Estudio en Negro».

Brian se incorporó, lavándose en agua fría para recuperarse e iniciar el trabajo en las mejores condiciones posibles. No le gustaba el encargo. Pero lo había aceptado y debía terminarlo.

* * *

Aquella misma tarde se preguntó si no le empezaría ya a traer suerte tan macabro encargo. Lord Wingate llegó a por su cuadro. AI decirle Brian que volviera otro día, sin mostrar demasiada impaciencia por cobrar el encargo recibido, lord Wingate le rogó que apresurase su acabado. Y elevó el precio a veinticinco guineas.

—Descuide, lord Wingate —dijo Brian en ese momento—. Lo tendrá mañana, palabra.

Y recordó las palabras de aquella hermosa y anónima dama:

«Ojalá sea el principio de una época mejor para usted...»

¿Lo era, a pesar de que la naturaleza lúgubre y sombría del encargo más bien parecía presagiar cosas desagradables y oscuras?

Brian Garrieron no estaba seguro de ello. Pero cobró las veinticinco guineas de lord Wingate al otro día, un marchante le visitó para otro encargo por valor de treinta y cinco guineas, y él tuvo terminado el cuadro «Estudio en Negro» en tan sólo diez días.

No le gustaba ver la belleza pálida y suave de aquella mujer en el raso morado de un féretro, rodeada de cortinajes negros, motivos violáceos y cuatro velones encendidos dejan de caer goterones de cera caliente. No, no le gustaba. Al contemplarlo ya terminado, sintió un escalofrío de indefinida horror.

Esperó con impaciencia la llegada de las señas adonde debía llevar el cuadro. El sobre franqueado, a nombre suyo, llegó tres días después de dar la última pincelada a su «Estudio en Negro». Allí no figuraba nombre alguno, sino una dirección simplemente:

Victoria Street, 42 - Westminster, Londres

Eso era todo. Tomó un carruaje, llevando consigo el cuadro envuelto en una tela color crudo. Cruzó todo Londres para llegar a Westminster. El número 42 de Victoria Street, próximo a Palace Street y a la oficina postal del distrito, correspondía a una lujosa mansión cuya puerta aparecía rodeada por una alta verja.

Brian Cameron se detuvo un momento, impresionado por la presencia de algo, colgado de la puerta, sobre el llamador de bronce: una corona funeraria de tintes liliáceos y amarillos.

Algo indefinible le asaltó de pronto. Fue una sensación inquietante y sombría. De repente, se preguntó si aquel cuadro no era todo él en sí mismo una premonición, un fantástico presagio de muerte y de luto.

No le sorprendió demasiado, una vez dentro de la casa, ver a su joven y hermosa cliente. Ella ocupaba, como en el cuadro, el interior de un féretro dispuesto en una cámara ardiente donde entraban y salían personas hablando en murmullos.

La bella dama del camafeo, la mujer que le encargó el «Estudio en Negro», estaba muerta. Y él había llevado su lúgubre retrato al funeral.

CAPITULO II
CÁMARA ARDIENTE

—Muerta...

—Así es, señor Cameron. Usted ha podido verla por sí mismo. Lorna está muerta.

—Lorna. . ¿Era su nombre?

—Sí —su interlocutor Le miró, perplejo—. ¿Cómo? ¿Es que no lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Sin embargo, usted trae un retrato... Un retrato que dice que ella misma le encargó hace dos semanas...

—Cielos, sí —se estremeció el hombre que acababa de recibirle—. Lo he visto... y no puedo creerlo. Es como si usted... Como si usted hubiera visto antes de ocurrir, todo lo que ahora ha sucedido.

—En todo caso, no he sido yo, sino ella —rechazó Brian con un suspiro—. Me dio el tema, los detalles, incluso el título del cuadro...

—¿El título?

—Eso es: «Estudio en Negro»... —meneó la cabeza el joven pintor—. Horrible, ¿no? ¿Es que ella presagió su final, se anticipó a los hechos tan fielmente?

—Eso nunca lo sabremos, señor Cameron —sentenció el, pero, quedándose callado, ceñudo, con la cabeza baja, mirante sombríamente a la puntera de sus zapatos de negro charol.

—Pero... ¿cómo sucedió todo, exactamente? —se removió Brian en su asiento, incómodo.

—¿Cómo sucedió? —La pregunta pareció de difícil respuesta, a juzgar por el gesto entre pensativo y perplejo de su interlocutor—. No es sencillo de explicar, créame, señor Cameron. Yo soy Edwin Landers, uno de los parientes más próximos a la infortunada Lorna, ya que éramos primos carnales. He llegado hoy de Edimburgo, al enterarme ayer de la noticia por un telegrama de mi madre.

—¿Su madre reside aquí, en Londres?

—Sí. Era su único familiar en la casa, ya que mis tíos murieron hace años, y Lorna se educó con su tía, que es, naturalmente, mi madre. Yo estoy casado y tengo mi vida establecida en Escocia, con mi negocio abierto en Edimburgo, dedicado precisamente a la compra-venta de objetos de arte, antigüedades y cuadros. Como experto, señor Cameron, puedo decirle que su obra es excelente.

—Muy amable —dijo el pintor con cierta sequedad—. Pero ahora no cuento yo, señor Landers, sino mi cliente. Su muerte me ha dejado atónito. ¿Estaba enferma?

—¿Lorna? Oh, no, en absoluto. Que yo sepa, nunca tuvo problemas con la salud.

—¿Entonces?

—¿Se refiere usted a... a su muerte? —Edwin Landers le miró fijamente.

—Por supuesto. ¿A qué, si no? ¿De qué ha muerto la señorita Landers, si puede saberse, siendo su salud tan perfecta?

—Creí que ya lo habría imaginado —suspiró el joven, sacudiendo la cabeza con desaliento—. Ella... murió envenenada.

—¡Envenenada! —Repitió Brian, horrorizado, abriendo mucho sus ojos, clavados en su interlocutor—, ¿Qué es lo que dice? ¿Acaso ella... se suicidó?

—No, caballero —dijo una fría voz a su espalda—. La asesinaron.

* * *

—Asesinada... No es posible... ¿Por qué? ¿Por qué? —El hombre que había hablado detrás de Brian Cameron tuvo un leve encogimiento de hombros. Vestía un sobrio traje gris, con solapas de terciopelo negro, bombín igualmente gris, que sostenía ahora en sus manos algo anchas y nervudas, y un bigote de retorcidas guías adornaba sus labios delgados, evocando a un militar colonia!. Tenía ojos grises y duros y sus patillas eran quizá demasiado largas.

—Esas cosas sólo se saben cuando se encuentra al asesino, señor mío —manifestó con aspereza. Le miró pensativo y preguntó cauteloso—: ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Cameron. Brian Cameron, y soy pintor. He traído un encargo que me pagó la señorita Landers hace un par de semanas. Ignoraba que estuviese...

—¿Muerta? —el hombre le contempló con aire distraído y meneó la cabeza en sentido afirmativo, con sus ojos vagando ahora por la confortable y algo recargada salita de la residencia de Victoria Street donde se hallaba el joven pintor en compañía de su anfitrión, el primo de su modelo—. Pues ya lo ve, señor Cameron: no sólo está muerta en plena juventud, sino que su vida le fue arrebatada mediante el veneno.

—¿Cuándo sucedió exactamente?

—Anteanoche —dijo el hombre de gris con un suspiro—. El cadáver que usted vio, pese a su apacible aspecto, como si esa bella joven durmiese, ya ha pasado el trámite legal de la autopsia y también el del embalsamamiento, para evitar complicaciones desagradables. Mañana será enterrada, por la mañana, sobre las diez.

—Dios mío... —murmuró Brian—. ¿Por qué desearía ella un cuadro de su propia muerte, antes de saber que esto sucedería?

—Perdone, ¿quiere repetir eso? —le rogó el hombre de gris. Luego carraspeó, al notar la expresión del pintor, y añadió presuroso—: Antes creo que debo presentarme. Mi nombre es Basil Wallace, inspector de Scotland Yard.

—Entiendo —afirmó Brian—. Puede preguntar lo que desee, inspector.

—Ya lo hice, señor Cameron. ¿De qué cuadro hablaba? ¿La señorita Landers le encargó algo especial que pueda relacionarse con su muerte?

—Me temo que sí, inspector. Cuando llegué a esta casa, creí ver repetida la misma imagen que yo pinté en el lienzo, la que ella me pidió la noche en que visitó mi estudio para hacerme el encargo...

—¿Puedo ver ese cuadro? —pidió el inspector.

—Claro —se apresuró a afirmar Edwin Landers poniéndole en pie—. Venga conmigo, inspector. Lo he dejado aquí al lado, en la biblioteca. Su visión me causó un asombro y una impresión indescriptible, puede creerlo.

El policía fue con Landers hacia la inmediata biblioteca. Brian se limitó a seguirles hasta la puerta de comunicación, contemplando desde allí su lienzo, depositado en un rincón, junto a un muro lleno de estanterías repletas de volúmenes.

Alzó la tela que lo cubría el inspector Wallace, y Brian le oyó lanzar una exclamación de sorpresa ante la obra. Brian mismo se estremeció contemplando lo que sus pinceles reflejaran en la tela. Era escalofriante. Como si hubiese presenciado anticipadamente la muerte de la joven y la cámara ardiente en que se hallaba.

—Notable, en efecto —admitió el policía, volviéndose con el ceño fruncido en dirección a Cameron—. ¿Dice que ella le pidió exactamente esto?

—De un modo aproximado, sí. Era un extraño encargo, pero mi situación económica no era muy buena en esos momentos, y acepté. Ella me pagó al contado.

—¿Cuánto?

—Cien libras —suspiró el joven.

—¡Cien libras! —repitió Edwin, asombrado—. Un precio excesivo para encargar una obra a un pintor en dificultades, ¿no cree?

—Pensé lo mismo, señor Landers —afirmó Cameron—. Pero quien pagaba y hacía el encargo era ella. También fijó el precio.

—Es asombroso. Imagino que hace dos semanas, ella estaba perfectamente —musitó el joven pariente.

—Que yo pueda opinar, sí —corroboró Brian—. Su aspecto era inmejorable. Tampoco parecía triste ni afectada por nada. Lo juzgué un simple capricho de muchacha rica.

—Ella, en efecto, era rica —asintió su primo—. Muy rica. Pero ese encargo... no tiene sentido. Nadie puede presentir algo tan horrible con todo detalle. Además, ¿para qué podía querer Lorna un cuadro así, aunque estuviese ahora llena de vida?

—No me lo pregunte a mí —suspiró Brian—. No tengo respuesta alguna a eso.

—La única persona que la tiene, en todo caso, está muerta —sentenció con amargura el inspector Wallace—. ¿Nunca antes de esa noche había visto usted a la señorita Landers?

—No, nunca.

—¿Cómo se decidió a hacerle el encargo precisamente a usted?

—Lo ignoro. Por cien libras, hubiese encontrado cientos de artistas capaces de hacerle el trabajo. No me explico la razón de haberme elegido a mí, pero venía a mi estudio sin vacilaciones, sabiendo perfectamente mi nombre y apellido. Ahora recuerdo que habló de un marchante de arte al que había comprado un cuadro mío. Quizás él le habló de mí con detalle, dándole mis señas.

—¿Quién es ese marchante? ¿Lo sabe?

—Un tal Inglewood. Jonathan Inglewood. Tiene su tienda en Portobello. No le costará dar con ella, inspector, si es que desea verle.

—Deseo ver a todo el que haya tenido algo que ver con Lorna Landers —dijo secamente el hombre de Scotland Yard—. Recuerde que esto es un asesinato.

—¿No existe posibilidad alguna de error en ese veredicto, inspector? ¿No pudo ser suicidio?

—No, en absoluto. La envenenaron anteanoche, estando sola en esta casa. Su tía, la señora Emily Landers, madre del señor Edwin Landers, se había ausentado a una representación teatral en el Pavillion. Al volver, halló muerta a su sobrina. Tenía espuma en la boca, una expresión convulsa y los ojos vidriosos. Sus labios olían fuertemente a almendras amargas.

—Cianuro —susurró Brian, estremeciéndose.

—Exacto, señor Cameron —los ojos del policía no se desviaron de él ni un ápice—. Cianuro. Mezclado con un buen vino de oporto, en una botella que tenemos en Scotland Yard. El sabor del vino borra casi totalmente el del cianuro. Había suficiente, según el laboratorio, como para matar a diez personas fácilmente.

—Oporto... Era su bebida preferida. Ella lo mencionó en mi estudio.

—Así es —confirmó Edwin en un hilo de voz—. Pero, ¿quién puso el veneno en la botella de cristal del salón... y por qué?

—Eso me pregunto yo. Y todos, señor Cameron... excepto una persona: el asesino —el tono del inspector Wallace al mencionar todo eso era cauto y ambiguo, —¿Quién hereda ahora su fortuna?

La pregunta le brotó espontánea a Cameron. Edwin pegó un respingo. Los labios del policía, bajo su bigote, se curvaron en una mueca sardónica, mientras clavaba su gris mirada penetrante en el primo de la difunta.

—Nosotros, naturalmente —casi jadeó el joven—. Mi madre, yo... y tío Paul.

—¿Tío Paul? —repitió Brian, sin entender.

—Mamá es viuda de su primer marido, que fue mi padre. Casó en segundas nupcias y vive separada ahora. No se divorciaron porque mamá es católica y se negó a ello. Mi padrastro, al que yo llamo tío Paul, y a quien tengo afecto pese a sus diferencias con mamá, no es un Landers, pero su boda todavía en vigor con mamá le hace también ser heredero en cierto modo, ya que no creo que la pobre Lorna hiciera testamento. Nadie, a su edad, con

veintidós años recién cumplidos, espera morir así.

—Pues nadie lo diría, viendo el cuadro del señor Cameron —comentó irónico el policía.

—Bueno, eso es diferente. Quizás fue una premonición, no sé. Lo cierto es que no hay noticia de que ella testara. Y de no haber testamento, mamá, tío Paul y yo heredaríamos su fortuna personal. ¿Responde eso a su pregunta, señor Cameron?

—Sí, claro —suspiró el pintor—. Pero no tenía por qué contestar. Sólo fue algo que me vino a la mente.

—Algo muy poco elegante por su parte —cortó Edwin con acritud—. ¿Acaso eso nos hace sospechosos?

—Señor Landers, nadie ha mencionado aquí la palabra «sospechoso»... todavía —sonrió afablemente el inspector Wallace—. Hablamos, simplemente, de posibles motivos para un crimen. ¿Los que ha mencionado son la totalidad de la familia?

—Sí, inspector. Lorna heredó la fortuna de sus padres. Mi padre y mi madre nunca tuvieron suerte en los negocios, como ellos. De ahí la diferencia de posición económica. Pero Lorna era generosa. No regateaba nada a su tía Emily ni a ninguno de nosotros, si alguna vez necesitábamos algo. Esa fortuna que heredó al morir sus padres en el hundimiento de un buque que hacía la travesía con el continente, la hubiese repartido con su hermana Velvet. Pero Velvet murió en el mismo naufragio, y al quedarse sola lo heredó todo. De eso hace ya mucho tiempo. Más de cinco años...

—Bien. Dejemos aparte esas cuestiones familiares y económicas —cortó el inspector, tras hacer unas anotaciones en su bloc de notas—. Hablemos de otros aspectos de la vida de Lorna Landers. Supongo que una joven tan hermosa tendría admiradores, enamorados...

—Muchos —suspiró Edwin—. Creo que era una de las muchachas más pretendidas de todo Londres a causa de su belleza y quizá también de su fortuna. Pero ella ya había elegido.

—¿Quiere decir que tenía novio?

—Sí. Un joven de la mejor sociedad londinense, según me escribió mamá en una de sus cartas: lord Hudfield.

—¿El joven Dennis Hudfield, hijo del viejo lord Hudfield? —se sorprendió el inspector, apuntándolo rápidamente—. Vaya, hubieran sido una bella pareja...

—Pero ya nunca lo serán, inspector —fue el doloroso comentario del joven Landers—. ¿Por qué tuvo que ocurrir esto, Dios mío?

—Es lo que trato de saber —suspiró el policía, dando paseos por Su estancia con aspecto abstraído. Miró a Cameron y añadió, a guisa de explicación—: Usted sugirió antes si pudo ser un suicidio. Yo le dije que no. Por una razón muy sencilla: la noche en que murió Lorna Landers, alguien visito esta casa. El servicio tenía libre en esa fecha. No había nadie más que ella en el edificio. Sin embargo, hubo una visita que fue introducida en el

salón. Llovía en abundancia, como tantos otros días de este mes, y quedaron huellas de unos chanclos de goma con agua y barro en el recibidor, el salón y el pasillo. Algunas de esas huellas terminaban justamente en el mueble donde se guardaban los licores. Es evidente que Lorna Landers, sin saberlo, abrió la puerta a su asesino, éste era de confianza y fue con ella al salón, sin que ella sospechara nada. Una vez allí, envenenó el oporto, sabedor de que era la bebida predilecta de su anfitriona. El cianuro hizo su efecto y posiblemente para ese momento, el visitante mortal ya estaba fuera de la casa, de regreso a la noche, a la lluvia, a su anonimato.

—Por tanto, era alguien que sabía las costumbres de Lorna, que no inspiraba recelos a ella y que estaba enterado, además, de la ausencia de la señora Landers en el teatro y de la ausencia de los criados por día libre.

—Más que eso. Uno de los miembros de la servidumbre, la nueva doncella, Molly Balderston, tenía que haber estado de servicio esa noche, cuando menos, pese a que los demás hicieron fiesta. Pero una repentina indisposición la retuvo en cama en su vivienda de Reading durante todo ese día. Ya comprobamos ese punto. El asesino, por tanto, estaba también enterado de la dolencia momentánea de la doncella, que dejaría esta casa completamente solitaria la noche elegida para matar a Lorna Landers.

—Evidentemente, no puede pensarse en un suicidio —admitió Brian, sombrío—. Pero si no fue el dinero el motivo de ese crimen, usted ha sugerido que pudo serlo una pasión, un amor despechado tal vez...

—Es sólo una posibilidad más —admitió el policía, encogiéndose de hombros—. Al prometerse la señorita Landers con el joven lord Hudfield, pudo defraudar seriamente a alguien y forzarle a tan feroz determinación. Pero tendremos que encontrar a alguien lo bastante apasionado y cruel como para llegar a esa trágica acción criminal en su amada, ¿usted sabe de alguien que amara a su prima hasta tal punto, señor Landers?

—Sí —dijo gravemente Edwin—. Yo, inspector.

CAPITULO III
EL CARRUAJE TRÁGICO

Era todo inquietante y terrible, pensó Brian Cameron, de pie ante el féretro, cuyo hermoso contenido iluminaban con siniestra palidez los cuatro velones.

Lorna Landers parecía dormir de forma apacible, serena. Nadie hubiera dicho que e! escalpelo y el bisturí del forense y la fría mano del embalsamador hubiesen actuado sobre ella para convertirla en un cuerpo vacío e incorrupto, a la espera del sepulcro.

Había momentos en que cresa que ella iba a levantar la cabeza, sonriente, desde su cabezal de raso morado, para preguntarle con aquella voz suave y acariciadora que recordaba tan nítidamente:

—Señor Cameron, ¿ha cumplido el encargo prometido? ¿Está aquí el cuadro que le pedí? Y él hubiese podido contestar:

—Sí, señorita Landers. Está aquí su cuadro. Tal y como usted lo describió. Con el féretro, los velones y las cortinas negras. Es decir, como esto está ahora. Idéntico. Como si usted hubiese sabido que esto iba a suceder.

Ella, entonces, podía haberle preguntado con sus ojos pardos, profundos y bellos abriéndose bajo los párpados color cera:

—¿Y mi camafeo? ¿Ha traído usted mi camafeo? Recuerde que tenía que devolverlo...

—Dios... —Brian recordó en ese momento, estremeciéndose, que aún llevaba en el bolsillo de su chaqueta el camafeo orlado de diamantes, con el bellísimo rostro ovalado de rosada palidez y suave melena oscura—. El camafeo...

Vaciló. ¿Qué debía hacer con él? ¿Entregarlo a la familia? ¿Depositarlo en el féretro con el cadáver, puesto que de ella había sido? ¿Dárselo al inspector Wallace?

¿O quedarse con él como recuerdo, sin pensar en pignorarlo jamás, como un objeto que ya no pertenecía realmente a nadie, puesto que su dueña estaba muerta?

Dudó. Esta última posibilidad le pareció inmoral. Hundió la mano en el bolsillo del macferlán, para buscar el camafeo y depositarlo en las yertas manos de la difunta. La cámara ardiente tenía un denso aroma a cera derretida, a muerte tal vez.

En ese momento, una voz a sus espaldas le interrumpió. Sacó la mano del bolsillo sin llegar a extraer el camafeo del mismo. Giró la cabeza.

Una dama de ropa negra de terciopelo y velo sobre el rostro, entraba, de la mano de un alto joven, pálido, rubio y vestido enteramente de negro también, acercándose al ataúd rodeado de velones encendidos. Era ella quien había hablado:

—Dennis, mi querido muchacho, no sé siquiera lo que me ocurre... No

debería entrar a verla de nuevo, pero me es imposible evitarlo. La quise como a una hija...

La voz era ronca, sollozante. Le respondió la del joven, mientras éste fijaba sus azules ojos en Brian, con cierta perplejidad:

—Animo, señora Landers, sé lo que sentirá en estos momentos, porque yo mismo estoy destrozado... Hemos de ser fuertes los dos...

Era fácil identificarles: la tía Emily, la madre de Edwin, y el joven lord Hudfield, el prometido de Lorna. Ambos le miraron ahora, al detenerse ante el féretro.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven con desconfianza.

—Un pintor —dijo Cameron—. La señorita Landers me hizo un encargo y traje hoy el cuadro a su casa. Ignoraba lo sucedido...

—Un cuadro... —dudó lord Hudfield—. ¿Qué clase de cuadro?

—Te hablaré de ello, querido —interrumpió la señora Landers, apoyando una mano firme en su brazo—. Fue un extraño encargo... Es como si nuestra querida Lorna hubiese temido algo y jamás nos lo reveló a nosotros... Luego verás el cuadro y hablaremos de ello... Ahora, señor Cameron, por favor, ¿puede dejarnos solos con ella... y con nuestro dolor?

—Claro —se apresuró a responder, inseguro—. Perdonen...

Abandonó la cámara mortuoria con una última mirada al rostro hermoso de ella. Sabía que ya nunca más vería en este mundo a Lorna Landers, la muchacha del cuadro misterioso. A menos que...

A menos que se quedase con el camafeo que no había tenido tiempo ni ocasión de devolver. Sería la única forma de ver aquel rostro hermoso y perdido para siempre, cuando el original estuviese bajo tierra, y pese a todos los perfeccionamientos de la técnica de embalsamar, comenzara a pudrirse implacablemente, en la tremenda, angosta soledad de su encierro definitivo.

Caminó hacia la salida, cabizbajo. En su mente se arremolinaban las ideas confusamente. Recordaba los relatos de Edwin, del inspector Wallace... Lorna Landers, admirada y amada, hermosa y rica. Lina visita a medianoche. Un asesino derramando cianuro en la botella de oporto...

Un hombre joven, su primo Edwin, deseándola y amándola en secreto, celoso de sus relaciones con lord Hudfield, que pronto seria su marido... El mismo se lo había confesado al inspector. Lo que nunca llegaron a saber ni su madre ni su prima, lo había revelado amargamente, con desesperación. El la amaba tanto que hubiera sido capaz de todo porque solamente fuese suya. Pero Lorna nunca le quiso sino como a un pariente. Ella amaba a Dennis Hudfield y nada más.

Ahora estaba muerta. Asesinada. ¿Quién lo hizo? ¿Su primo Edwin, por amor o por codicia, puesto que heredaba, junto con su madre, la fortuna de Lorna? El había jurado que no. Una cosa era preferir que ella no fuese de nadie, arrebatársela a Dermis Hudfield, y otra muy distinta que se hubiese convertido en un asesino.

Podía mentir en ese punto. Pero si era así, pensó Cameron, ¿para qué

confesar previamente que sí hubiera sido capaz de matarla por amor?

Todo era tan oscuro, tan confuso... Y estaba, además, aquel horrible cuadro, «Estudio en Negro»... ¿Cómo pudo ella intuir algo así? ¿Era simple presentimiento? ¿Un temor oculto? ¿O algo más extraño y profundo, acaso rozando lo metafísico?

Podía ser cualquier cosa. El no era un policía, después de todo. No podía empezar a darle vueltas a todo aquello para llegar a una conclusión. Su tarea era pintar, no investigar ni analizar los hechos.

—¿Se marcha ya, señorito?

Miró a la doncella que le tendía el sombrero y el paraguas en el recibidor de la suntuosa vivienda de Victoria Street. Era pelirroja, demasiado pintarrajeada para su trabajo en aquella casa, y vestía un provocativo uniforme de seda negra con delantal y cofia de tela blanca almidonada.

—Sí, me marcho —dijo—. ¿Usted es Molly Balderston?

—Para lo que guste mandar —dijo, haciendo resbalar su lengua por los labios gruesos, de color muy rojo, voluptuosamente—. ¿Cómo sabe mi nombre, señorito?

—Lo oí mencionar al inspector.

—Oh, ese horrible policía —ella hizo un gesto de fastidio y le rozó con la punta erecta de sus generosos pechos, marcados por el negro uniforme, al tenderle sus prendas—. Es muy poco simpático. Usted es diferente... ¿Sabe que incluso estuvo en mi barrio de Reading, haciendo preguntas a mis vecinos y al doctor Masón, mi médico, por si no era cierto que había estado en cama aquel día y aquella noche enteros, con la maldita fiebre y la tos? Como si yo hubiera sido capaz de venir aquí a envenenar a la pobre y querida señorita Landers... Ella era tan buena, tan cariñosa... Y eso que sólo llevo aquí un mes trabajando... Lástima de lo sucedido. Creo que tendré que irme buscando otro sitio.

—¿Por qué motivo? —suspiró—. La casa permanece. Y los Landers también. Quedan la señora, el joven Edwin... —Oh, ésos... —la picara doncella hizo un gesto ambiguo, mientras apoyaba sin recato sus duros y soberbios pechos en un brazo de Cameron—. No lo crea, señorito. Ellos piensan marcharse de Londres apenas cobren la herencia de los Landers...

Venden esta casa y se van a Edimburgo, a montar nuevos negocios, se lo he oído decir. Diga lo que diga el señorito Edwin, él y su esposa están en la ruina... No les ha venido nada mal esta muerte, para quedarse con todo lo de la pobre señorita Lorna... Además, no me fiaría de ese Edwin. ¿Sabe que espiaba a la señorita tras las cortinas y que un día, en un viaje anterior, la vio desnuda en el baño a través del ojo de la cerradura, y respiraba fatigosamente, con una cara muy rara, mientras la contemplaba? Yo le sorprendí y escapó como alma que lleva el diablo. Dos veces ha intentado meterme mano y he tenido que darle un guantazo. No me van los tipos como él, la verdad, señorito. Usted es distinto, claro...

Brian sintió asco de muchas cosas. No de la procacidad rosca y

barriobajera de Molly Balderston, sino de Edwin Landers, de sus deseos hacia Lorna, pese a tener una esposa en Edimburgo, de sus instintos de mirón y de sus atrevimientos con una criada, pruebas inequívocas de su escasa respetabilidad. Pensó el joven pintor que la muerte de Lorna había sido demasiado oportuna para los Landers, que ahora heredaban todo su dinero, cuando se hallaban en mala situación económica, según la habladuría de aquella doncella.

Después de todo, no era tan difícil anticipar el viaje a Londres desde Edimburgo, envenenar una noche el oporto, ser recibido confiadamente por .su prima... Y partir luego, de regreso a cualquier otra ciudad cercana, desde la cual tomar un nuevo tren a Londres cuando su mujer le telegrafiase desde Edimburgo, avisándole de la llegada de! telegrama de su madre.

Pensaba en todo eso cuando cruzaba la calle, bajo la lluvia, haciendo señas a un carruaje situado junto a la acera opuesta, en una parada de coches de punto. Antes de abandonar la casa de los Landers, había hecho una caricia a Molly en su espléndido busto y había besado aquellos labios ardientes que, por un momento, parecieron succionarle igual que una ventosa. Consideraba que era un precio razonable por la información recibida, aunque no supiera qué uso hacer de ésta.

La puerta con su corona funeraria se cerró solemnemente en la oscura fachada de la mansión. Brian subió al carruaje, dándole las señas de su domicilio. El cochero asintió, complacido por la longitud del recorrido a cubrir, y Brian se acomodó con un suspiro en el tapizado asiento cálido y confortable, oyendo lloviznar sobre el techo del vehículo, mientras las ruedas y los cascos de los caballos resonaban huecamente en el empedrado londinense.

Fue una repentina, rara sensación. Brian nunca supo por qué lo hizo. Pero de repente, miró hacia atrás.

Ya habían dejado lejos la casa de los Landers, y rodaban hacia los embarcaderos del Támesis, entre la neblina acribillada por la lluvia. Las manchas fugaces de las farolas de gas desfilaban más allá de las ventanillas del carruaje, perdiéndose en la oscura bruma fría.

Pero no sólo había eso a sus espaldas. Por la pequeña ventanilla posterior del coche de caballos, descubrió al otro vehículo rodando en pos del suyo.

Aquello no tenía nada de anormal en sí mismo, pero era tan escaso el tránsito a tales horas, y se sentía tan sensibilizado tras los sucesos horribles vividos en la densa atmósfera de la casa de los Landers, que enseguida creyó sospechar algo oscuro e indefinible con la presencia de aquel carruaje de negra y lustrosa carrocería mojada por la lluvia, cuyo farol oscilaba, amarillento, sobre el pescante.

—¿Por qué iba a seguirme nadie? —se preguntó Brian perplejo—. Posiblemente es un individuo como yo, que regresa a su casa demasiado tarde y no desea caminar bajo la lluvia y con esta niebla.

Pero sus dudas empezaron a hacerse más intensas cuando, varias calles

más allá, en su largo recorrido hacia Spitafields miró de nuevo hacia atrás... y el carruaje proseguía a la misma distancia del suyo, como si su ocupante no quisiera perderle de vista en ningún momento.

Brian empezó a tener ya más fundadas sospechas sobre un misterioso seguidor. Y se dispuso a salir bruscamente de dudas. Golpeó con la puntera de su paraguas en el techo del carruaje y avisó a su cochero:

—Deténgase junto al próximo farol, en la esquina, por favor. Será sólo un momento. Quiero comprobar algo, eso es todo.

El cochero asintió, rodando un corto trecho más, antes de parar junto a una farola de gas que derramaba un cerco de luz lechosa en la bruma, haciendo brillar el húmedo empedrado.

Abrió la portezuela con rapidez, apenas observó, escudriñando por la ventanilla, que también el otro carruaje se detenía.

Ya no había dudas. Le seguían. Pensó si sería cosa del inspector Wallace. Después de todo, él era un desconocido, un personaje sin duda extraño en el caso, con aquel misterioso cuadro presagiando la muerte. No era raro que sospecharan de él. Pero quena salir de incertidumbres.

Cruzó rápido la distancia entre su carruaje y el otro. Se precipitó hacia la portezuela del mismo, sin una vacilación, mientras el cochero le contemplaba con cierta extrañeza desde su pescante. El alto sombrero y una bufanda, cubrían casi por completo el rostro del conductor del vehículo, que sostenía un látigo entre sus manos y parecía aguardar algo.

—¡Ya basta! —vociferó Cameron furioso, encarándose con el pasajero del vehículo airadamente—. ¿Por qué me siguen? ¿Qué pretenden con este juego, maldito sea usted?

Nadie le respondió desde el interior de! carruaje, pese a que había alguien en el asiento, mirándole fijamente y sin moverse. Los reflejos de la farola de la calle sólo le permitían descubrir el brillo de los ojos y el bulto de la persona allí sentada,

Furioso ante este silencio, Brian penetro en el compartimento del carruaje, encarándose con su ocupante, a quien aferró con ambas manos, zarandeándole sin miramientos. —¿Es que no me oye? —bramó—. ¡Sea usted quien sea, empiezo a hartarme de ser perseguido y vigilado!

No sé si será cosa de la policía, pero para saberlo vamos a dirigirnos al más próximo cuartelillo. ¡Cochero, a la comisaría de policía más próxima, pronto! ¡Hágalo así o llamo desde aquí mismo a los agentes de patrulla en la zona!

El carruaje empezó a rodar, tras sonar un sordo asentimiento del conductor. La portezuela se cerro de gotee con el traqueteo del vehículo. Brian soltó a su callado interlocutor... y éste rodó sobre el asiento pesadamente.

—¿Qué mil diablos significa...? —comenzó Brian, al ver caer al otro sin haber recibido siquiera respuesta alguna. Buscó un fósforo con precipitación, preguntándose si habría causado algún daño al desconocido en su arranque de malhumor

Prendió el fósforo y lo acercó a la persona caída en el asiento.

Lanzó un grito de horror.

Los ojos seguían contemplándole, fijos en él Pero era difícil que viesen nada. La llama del fósforo los hizo brillar más intensamente, cerno dos globos de vidrio.

Eran los ojos de una persona muerta.

Estaba viajando con un cadáver. El cadáver de una mujer rubia y desconocida, entre cuyos pechos asomaba la empuñadura de un cuchillo hundido hasta la cruz en su corazón

CAPITULO IV
EL CAMAFEO

La carrera de aquel maldito coche iba en aumento. Habían dejado muy atrás al cochero que alquilara Cameron, cuyos gritos se perdían en la niebla, tratando en vano de perseguirles, en la convicción de que su viajero se le escapaba sin pagar la carrera.

El modo de brincar el vehículo sobre el empedrado, arrojando a un lado y a otro al propio Cameron, y sacudiendo lúgubremente el cadáver de la mujer rubia en el asiento hasta que terminó rodando al alfombrado suelo de la cabina, era realmente infernal. Los caballos iban lanzados, las ruedas saltaban sobre las piedras violentamente, zarandeando al coche hasta el punto de amenazar con volcarlo espectacularmente en cualquier momento, y resultaba suicida arrojarse de él en marcha en estos momentos.

—¡Ya basta! —gritó Brian, golpeando furiosamente el techo del vehículo con su paraguas—, ¡No tiene que ir tan deprisa, estúpido! ¡No vaya a tanta velocidad o volcaremos!

Tenía que oír los golpes y sus voces necesariamente. Pero el conductor seguía adelante, imperturbable, sin reducir en lo más mínimo la endemoniada marcha de su vehículo. Brian cayó una de las veces contra el cadáver. Sus manos, al apartarse de éste, iban empapadas de sangre. Comprendió, horrorizado, que la infortunada desconocida no llevaba mucho tiempo muerta. Para confirmarlo, rozó su piel. Aún estaba tibia.

Se sentía inmerso en una pesadilla de terror, donde todo cuanto le rodeaba era tan absurdo como inexplicable. Aún no había salido de una espantosa experiencia, como era !a de ver muerta a su cliente por envenenamiento, y repitiéndose en la vida real el tema de su «Estudio en Negro», cuando ya se hallaba hundido en otro suceso macabro, escalofriante, que ninguna relación parecía tener con el anterior. Pero Brian se dijo que era demasiada coincidencia vivir dos crímenes en una sola noche, sin que un misterioso nexo los uniera de alguna forma entre sí.

Tras un nuevo tambaleo a causa de las sacudidas del carruaje a toda velocidad, una idea angustiosa asaltó su mente. ¿Y si el cochero sabía la clase de fúnebre pasaje que llevaba en su coche cuando le seguía, y esta carrera no era en dirección al cuartelillo de policía como él dijera... sino hacia la muerte?

—¡Cielos, no! —Jadeó Brian—. ¡El cochero puede ser el asesino de esta mujer!

La idea no le gustó. Es más, sintió crecer su inquietud. Pero era joven y fuerte. No iba a dejarse matar de modo impune, sin ofrecer resistencia y sin averiguar, a cualquier precio, qué clase de diabólica conspiración estaban tejiendo en torno suyo.

Se precipitó a la portezuela. La abrió, poniendo un pie en el estribo, sin soltarse de! marco de la misma para no caer fatalmente a! empedrado, que

desfilaba vertiginoso debajo de él y de las endemoniadas ruedas a todo correr.

—¡Eh! —Voceó al pescante—. ¡Detenga este vehículo en el acto!

El cochero se volvió a medias. Brian no pudo ver nada, con la niebla enroscándose en torno a él, la llovizna golpeando su rostro y cabellos, perdido su sombrero en el intento, y la gruesa bufanda sobre el rostro del cochero.

Rápida, brutalmente, el hombre del pescante alzó su látigo, descargándolo sobre Brian, que se encogió, recibiendo el trallazo en su espalda. Otro latigazo cayó, alcanzándole en la nuca, donde sintió la mordedura del cuero. Contuvo una imprecación, se aferró con más energías, sintiendo vacilar el equilibrio, colgado sobre la calle, y un tercer latigazo le alcanzó en el macferlán, desgarrándolo brutalmente. Pero la fusta se enroscó en él, y Cameron tiró con violencia de la misma, soltándose de una mano y haciendo cada vez más precario el equilibrio sobre e! estribo.

El cochero tuvo que soltar la fusta. Tiró de las riendas con un gruñido, y los caballos redujeron en parte su alocado galope. En ese momento, con rara agilidad, el conductor salió desde el pescante al suelo, y echó a correr sobre el empedrado, tras rodar por él como un acróbata, sin causarse daño al parecer.

—¡Maldito bastardo! —Rugió Brian—. ¡No me equivocaba, tú eres el culpable de todo esto!

Saltó también él desde el vehículo, corriendo a su vez por las desiertas calles brumosas, bajo la lluvia, mientras a su espalda, el carruaje corría sin rumbo, desbocados los caballos, con el cadáver de la mujer rubia en su interior.

Había caído sobre el pavimento dando una voltereta sobre sí mismo para no hacerse un daño irremediable con alguna grave fractura. Lo evitó, ciertamente, pero no así una torcedura de tobillo que, apenas recorridas unas yardas a toda carrera, le frenaron, impidiéndole seguir.

Vaciló, sin saber dónde se encontraba, y tuvo que aferrarse a una verja, mientras las pisadas de su perseguido se perdían definitivamente a lo lejos, hundiéndose en la niebla. Jadeante, con un agudo dolor en su tobillo, Brian juró un montón de veces y terminó caminando, inseguro, cojeando de modo visible, en dirección a una luz en la oscura noche, no lejos de él.

Simultáneamente, en alguna parte, percibió el estridente silbato de los agentes de servicio. Quizás habían hallado el carruaje sin conductor, el cadáver o todo ello a la vez. Siguió caminando, hasta detenerse, aturdido, frente al origen de aquella luz.

Era de un escaparate, sorprendentemente iluminado con lámparas de gas a semejantes horas. A su claridad, descubrió con horror que tenía numerosas manchas de sangre en sus ropas, causadas por sus frecuentes choques con el cadáver de la desconocida dentro del carruaje.

Pronto comprendió por qué aquel negocio tema abierto de noche. Sus ojos se clavaron en el globo de luz amarillenta colgado sobre la entrada, donde aparecían las siniestras palabras en letras negras:

Se estremeció. Apoyado en la pared, junto al escaparate, contempló alucinado la existencia de lápidas, mármoles v figuras funerarias bajo la lívida luz del gas. Un tétrico negocio, pensó, para encontrárselo en estos momentos en plena noche.

De súbito, sus ojos se dilataron, clavados en una de las lápidas, de mármol gris, situada en un punto del centro del escaparate donde se hacía más visible que las demás.

Y en ese momento supo que nada podía ser casual. Ni la persecución en la noche, ni la muerte de ¡a rubia desconocida, ni los actos del siniestro cochero de la bufanda al rostro, ni tan siquiera la carrera hacia alguna parte. Ni, por supuesto el rumbo y destino dados a aquel macabro vehículo...

Estaba leyendo una lápida ya grabada con su fúnebre inscripción:

Aquí yace Lorna Landers,
muerta a los 22 años de edad
en Londres, el día 11 de noviembre
del año 1889

* * *

—Lo del tobillo no es nada, por fortuna —suspiró el médico, incorporándose tras vendar a Brian Cameron la parte dañada—. Un simple esguince. Con descanso, estará bien en unos días. ¿Es todo, inspector Wallace?

—Sí, gracias —suspiró el policía cansadamente, bostezando—. Es todo, doctor. Ya puede retirarse. Espero que esta noche no tengamos más problemas con el señor Cameron.

El médico de Scotland Yard abandonó la oficina del inspector Basil Wallace, Este se quedó solo con su visitante. Contempló ceñudo las numerosas manchas oscuras de su pantalón y de los puños de su camisa. Manchas de sangre humana.

—¿Me ha ocultado usted algo, Cameron? —preguntó secamente.

—¿Yo? No. ¿Por qué habría de querer ocultarle cosa alguna?

—No lo sé. Pero de repente, le siguen a usted en la noche, llevando un cadáver de mujer en un carruaje, luego le llevan a través de un montón de calles hasta dejarle frente a la funeraria que se ocupó de los trámites del entierro de la señorita Landers, viajando a toda carrera en compañía de una difunta desconocida, y un cochero burlado y enfurecido nos denuncia a un viajero por evadirse sin pagarle el viaje. ¿Le parece poco extraño todo ello?

—Ya le conté lo ocurrido. Fui a averiguar por qué me seguían y fui virtualmente secuestrado por ese individuo cuando le pedía ir a un cuartelillo de policía a denunciar el hecho, apenas descubrí que el ocupante del coche estaba muerto.

—¿Sabe quién es ella?

—¿Cómo diablo voy a saberlo? No la había visto en mi vida.

—Pues era casi vecina suya, Cameron. Vivía en Whitechapel, era francesa de nacimiento y se llamaba Yvonne Marquand. Su profesión conocida era la más antigua del mundo. ¿Eso le dice algo?

—Nada en absoluto. ¿Y a usted?

—Infiernos, tampoco. Pero alguna relación ha de tener con el asunto, dado que usted era seguido por el cochero que llevaba a la mujer muerta y que le condujo precisamente hasta la funeraria y marmolería donde aún está la lápida que mañana será depositada encima de la tumba de Lorna Landers. Eso no puede ser una casualidad.

—No, claro que no. Pero, ¿por qué me ocurren a mí estas cosas, inspector?

—Es lo que yo me pregunto: ¿por qué usted, precisamente, fue elegido para vivir semejante experiencia? ¿Por qué pintó el «Estudio en Negro» que le encargó la difunta?

Aparentemente, eso tampoco tiene mucho sentido. Por ello quería saber si me ocultaba usted algo.

—Ya le dije que no, inspector. Estoy totalmente aturdido.

—Yo también —miró con desgana un viejo y abollado reloj de bolsillo—. Es tarde. Váyase a descansar. Esta vez le llevará a casa un carruaje de Scotland Yard, no tema. Y dejaré a un hombre rondando frente a su estudio de Spitafields. Eso me hará sentir más tranquilo respecto a usted, amigo mío.

—Supongo que también a mí, inspector —dijo Brian con amarga ironía, cojeando hacia la salida—. De todos modos, pese a este maldito tobillo, pienso estar en el cementerio para la inhumación de sus restos.

—Allá usted —se encogió de hombros el hombre de Scotland Yard—. Si está presente, procure no forzar demasiado el tobillo. El próximo médico que le atienda tendrá que pagarlo usted de su bolsillo, Cameron.

—¿Qué importa eso ahora? —Se lamentó el joven pintor, sacudiendo la cabeza, camino ya de la puerta—. Devolvería gustoso hasta el último chelín de esas cien libras que ella me pagó por devolverle la vida a Lorna Landers,..

—¿Qué le pasa, amigo? —Bromeó el policía con cierto macabro sentido del humor—. ¿Es que está enamorado usted de ella?

Brian se paró en seco, volviéndose hacia el policía. Parpadeó, con expresión dubitativa.

—No sé... —confesó—. Puede que me gustara ella cuando la conocí. Tenía belleza, poder de seducción, sensualidad y dulzura ingenua a la vez. Pero ya está muerta, Y yo no soy un necrófilo, inspector.

—Mejor. No es aconsejable amar a una muerta. Uno puede terminar loco...

Brian Cameron abandonó el despacho de! inspector. Tomó un carruaje policial en el amplio patio charolado por la lluvia que circundaba los muros de ladrillo de Scotland Yard. Un agente conducía los caballos. Otro iba sentado frente a él en el interior del vehículo. Esta vez nadie les seguía. Pero Brian no podía apartar de su mente el recuerdo horrible de un cuerpo de mujer

ensangrentado, de un siniestro cochero con la bufanda al rostro.

Y, sobre todo, una lápida de mármol gris con el nombre de Lorna Landers grabado en ella...

Sus dedos, en el bolsillo de su chaqueta, se tropezaron con un óvalo de oro orlado de diamantes. Se sobresaltó.

El camafeo todavía... Casi lo había olvidado. Aún era suyo.

Nadie se lo había reclamado. Nadie parecía saber nada de él.

Miró a los dos policías de uniforme, con sus altos cascos negros. Estuvo tentado de entregarles la joya para que se la pasaran al inspector. No se decidió. Aquello no valía nada para la policía. No era ninguna prueba. Sólo un retrato al óleo en un camafeo. Su valor material no importaba a Brian en exceso. No pensaba obtener dinero de aquella joya, pese a su indudable valía. Era un recuerdo. El recuerdo de un extraño encargo. El recuerdo de una muerta...

—Gracias, amigos —dijo al bajar del carruaje, frente a su domicilio—. Ha sido un viaje apacible. Tal como están las cosas, eso es mucho. Pueden irse a descansar.

—Buenas noches, señor Cameron —dijo uno de los policías, saludándole respetuoso—. Descanse tranquilo. Estará bien protegido el resto de la noche.

Y señaló a la acera, frente a la casa de la señora Tumball. Brian descubrió allí, paseando por la acera, a un agente uniformado, que hizo un saludo significativo a los hombres del Yard.

Entró en su alojamiento de la buhardilla sintiéndose seguro y confiado. La policía cuidaba de él. Algo que no hubiese podido imaginar ni remotamente cuando aquella tarde tomara un carruaje para llevar su «Estudio en Negro» a Victoria Street,

Se detuvo en seco cuando vio en el suelo, casi bajo la puerta de su estudio de pintor, el sobre cerrado, sin nombre escrito en él. Perplejo, miró la totalidad del pequeño recinto donde vivía y pintaba. Parecía que hacía años enteros que faltaba de él, y no solamente unas pocas horas.

No vio rastro de persona alguna. Se inclinó. Tomó el sobre. Vaciló antes de rasgar su solapa para saber lo que contenía. Finalmente, lo hizo.

Contenía solamente un pliego doblado de papel blanco. Lo desdobló con lentitud, acercándose a la llama de la lámpara de gas, tras graduar ésta adecuadamente en el muro.

Por enésima vez en aquel horrible día, Brian Cameron se llevó un sobresalto.

Habían escrito unas palabras en el papel, muy pocas, con elegante letra angulosa y tinta azul:

Perfecto el cuadro. ¿Y el camafeo?

Sólo eso. Sin firma. Sin señas, sin destinatario. Quienquiera que hubiese enviado aquel inquietante mensaje, tuvo que llevarlo personalmente hasta su buhardilla.

Pero, ¿quién podía escribir esto? ¿Quién sabía la existencia del camafeo en

su poder? ¿A quién le había contado Lorna, antes de morir, lo relativo a su encargo al pintor de Spitafields?

Miró abajo, poniéndose en pie sobre su cama. Por la claraboya vislumbró la niebla invadiendo la calle desierta la borrosa silueta del policía, arriba y abajo, en constante ronda. Algo más aliviado, saltó al suelo, pasó el pestillo y dio doble vuelta a la llave. Luego extrajo el camafeo de su bolsillo. Lo contempló fascinado

La luz de gas se reflejó con destellos irisados en la orla de diamantes que circundaba el óvalo con el pequeño óleo de Lorna Landers. Contempló la serena belleza de la joven. Se estremeció, recordando su última visión en el féretro forrado de color morado.

Tomó una rápida decisión. Fue hasta su cama nuevamente.

Tomó un rollo de esparadrapo de un cajón de su mesilla. Se puso en pie, sintiendo un doloroso tirón en su tobillo. Alzó la tapa de vidrio de uno de los paneles de la claraboya. Alargó su mano y situó el camafeo sobre las tejas del empinado tejadillo. Luego cruzó dos tiras de esparadrapo encima. Regresó al interior, cerrando la claraboya.

Se acostó con un suspiro de alivio. Confiaba en que ¡a lluvia no ablandara demasiado el esparadrapo, llevándose consigo el camafeo. Pero donde ahora estaba no era fácil que intruso alguno diera con él.

Se logró dormir con relativa facilidad, quizás vencido por el cansancio y la agotadora tensión nerviosa de las últimas horas.

Cuando se despertó, el sol asomaba ya bastante alto entre nubes dispersas y no llovía. Se precipitó fuera de la cama, jurando malhumorado cuando el tobillo le pegó un tirón doloroso.

Tenía que darse prisa para llegar al funeral.

Llegó a tiempo a Brompton Cementery, en Earls Court, donde sabía que iba a tener lugar la inhumación. Cuando pisó el césped verde y cuidado del camposanto de Fulham Road, el féretro de lujosa caoba donde reposaba Lorna Landers descendía a la tierra, en un pequeño y bello panteón de muros de piedra, sobre los cuales iba a ser aplicada la lápida de mármol gris que él viera la noche anterior en el negocio de funeraria y marmolista.

Tuvo el tiempo justo de contemplarlo allá al fondo, sobre el lecho de piedra lisa, antes de que los operarios iniciaran la colocación de la lápida, mientras el reverendo concluía su oración ante el féretro y los presentes escuchaban en un religioso silencio.

En ese momento, alguien habló en el reducido grupo de íntimos que rodeaba el sepulcro,

—Espero que no haya duda alguna sobre su muerte Que el forense y el embalsamador hayan comprobado con su tarea que en ese cuerpo no queda vestigio de vida.,

El inspector Wallace, descubierto, silencioso v sombrío al borde del sepulcro, se volvió sobresaltado, lo mismo que Brian y algunos otros sorprendidos miembros de la familia v amistades de los Landers.

Quien había hablado era una mujer joven, pelirroja de atractivo rostro y grandes y rasgados ojos verdes, tocada con un tenue velo y ataviada de gris oscuro.

—¿Por qué dice eso? —Preguntó sordamente el policía—¿Quién es usted?

—Soy Hazel Westcoat. Era la mejor amiga de Lorna —respondió serenamente la desconocida—. Por eso sé que ella era cataléptica... Es decir, que corría el peligro de ser enterrada viva...

CAPITULO V
CATALEPSIA

La ceremonia había sido breve, muy breve. Los muertos siempre se van pronto y en silencio, pensaba Brian Cameron, apoyado en un árbol, la mirada fija en la lápida gris que servía de cierre definitivo a! mundo de Lorna Landers.

No lejos de él, el inspector Wallace aún hablaba con aquella sorprendente joven pelirroja, de grandes ojos verdes y expresión ingenua. Ella se había subido el velo y mostraba la palidez de su bonito rostro atractivo.

—De modo que fueron compañeras de estudios... —decía en ese momento Wallace.

—Sí —ella entrelazó sus dedos sensitivos sobre el regazo. Los pliegues de su vestido gris oscuro rozaban el césped con leve crujido cuando daba algunos pasos por el cementerio—.

Estudiamos juntas en la Universidad. Ella siguió sus estudios cuando yo hube de dejarlos por razones familiares y económicas. Volví a mi Sheffield natal y ella permaneció aquí, hasta graduarse. En realidad no necesitaba estudiar nada, porque le sobraba dinero. Pero Lorna amaba la cultura en todas sus manifestaciones.

—¿No se volvieron a ver desde el fin de los estudios?

—Solamente dos veces. Ella me visitó unas Navidades en Sheffield. Yo le devolví la visita por Pascua, aquí en Londres. Pero aunque seguimos escribiéndonos regularmente como buenas amigas, poco a poco la distancia fue apagando esa amistad y espació considerablemente el correo.

—¿Cuándo dejó usted los estudios, señorita Westcoat?

—Hace cuatro años, cuando ella tenía dieciocho y yo diecinueve —suspiró la joven—. Aun así, apenas supe que iba a casarse con Lord Hudheld, la escribí. Pero no he llegado a recibir su respuesta. Mi carta fue enviada hace sólo diez días

—Entiendo —el inspector Wallace se frotó el mentón pensativo—. ¿Ella misma le dijo que era cataléptica?

—Sí, inspector.

—¿Era aprensión suya o padecía realmente de ese mal?

—No, no. Yo también pensé que era imaginación de ella hasta que...

—¿Hasta qué, señorita Westcoat? —Insistió amable pero firmemente el policía—. Por favor, no tiene que sentirse intimidada. Sólo pretendo saber cosas de la señorita Landers aunque debe desechar toda posibilidad de catalepsia en su fallecimiento. No se trató de muerte aparente, la envenenaron con cianuro en el vino de oporto. El doctor Elmer Brooks, médico forense de Londres, certificó su defunción por envenenamiento y lo confirmó en la posterior autopsia de la que poseo un informe detallado. Luego, su joven amiga fue embalsamada por la firma Parker & Parker, de Totenham Court

Road, siguiendo los deseos que ella dejara escritos en su testamento. Ahora comprendo por qué deseaba que su cadáver fuese embalsamado. Eso impediría el más mínimo riesgo de muerte aparente. En todo caso, siempre sería seguro que sepultaban un cadáver, sin posibilidad de posterior y trágica resurrección dentro del féretro.

—Dios mío, hubiera sido terrible —se estremeció la joven mirando hacia la lápida gris—. Imaginar que podía despertar ahí dentro... y luchar por salir, sin conseguirlo... es algo que hiela la sangre en las venas. Un día sufrió un ataque en la Universidad. Parecía muerta. Pero no lo estaba. Se recuperó en un par de horas.

—En efecto, es algo tremendo —hasta el propio inspector se mostró claramente molesto ante las palabras de la joven—, Uno casi se alegra de saberse realmente muerto, antes que volver a la vida en una situación semejante... Ahora ya sabe que puede estar tranquila al respecto, señorita Westcoat.

—Sí, ya respiro tranquila —musitó ella—. Supe lo de su muerte justamente ayer a última hora de la tarde, hojeando el Times. Tuve una impresión terrible. Me apresuré a tomar el primer tren para Londres, pero ha llegado con retraso a causa de las lluvias, que causaron un desprendimiento de tierras en Leicester. He venido directamente desde la estación de Saint Paneras a este cementerio...

—Puede regresar tranquila a su ciudad, señorita Westcoat —aconsejó suavemente el policía. Luego la escudriñó, pensativo, añadiendo cauto—: Bueno, a menos que tenga algo más que contarnos. Algo que pueda ser de interés en un caso de asesinato...

—Por desgracia, nada sé de eso —bajó la roja cabecita con abatimiento—. Ya le digo que últimamente nos escribíamos de tarde en tarde. Sé muy poco sobre su vida actual.

—¿Y sobre su pasado? Nunca se sabe dónde puede hallarse la clave de un crimen...

—Me temo que tampoco en eso le sea de gran ayuda. Sabía que vivía con su tía Emily, la madre de Edwin Landers, desde que sus padres murieron con su hermana Velvet en aquel trágico naufragio del «Mary Stuart» cerca de las costas francesas. Eso la afectó mucho, y durante unos meses, se dio de baja en la Universidad, perdiendo un curso. Quería mucho a sus padres y a su hermana, aunque ésta nunca le hubiese querido demasiado a ella. Y eso que Velvet era la predilecta de sus padres. Por eso la llevaban de viaje en aquella ocasión, hasta encontrar la muerte en un temporal que les estrelló en los arrecifes.

—¿Sabe si tuvo alguna vez enemigos?

—¿Lorna? Oh, no podía tenerlos. Era una buena chica. Cariñosa, amable, tierna y sensible para todo el mundo. No, no creo que nadie pudiera quererla mal.

—Bien, señorita Westcoat. La verdad es que no nos ha sido de gran ayuda,

pero eso no es culpa suya —concluyó el policía con un suspiro—. Le reitero mi gratitud por su ayuda. ¿Se alojará en Londres algún tiempo?

—No, muy poco. Solamente hoy, inspector. Mañana regresaré a Sheffield. Tengo allí mi trabajo, compréndalo.

—Oh, sí, ciertamente —el policía la contempló ahora con aire paternal—. Por cierto, mi joven amiga, ¿en qué trabaja usted exactamente?

—Hay pocas cosas que una chica pueda hacer hoy en día, y menos sin haber terminado sus estudios superiores. Estoy en una empresa de costura y confección. Me hubiera gustado ser escritora o pintora, pero no logré prepararme para nada así.

—¿Pintora? —Terció Brian Cameron, mezclándose en la conversación—. Vaya, eso es agradable de oír. Pero no se lo recomendaría, señorita Westcoat.

—¿Por qué no? —ella le miró, perpleja—. ¿Quién es usted"

—Permítame que se lo presente —dijo el inspector con aire resignado—. Es Brian Cameron, pintor. Recibió un extraño encargo por parte de su amiga, que tiene una mayor justificación sabiendo que ella era cataléptica y tenía un horrible miedo instintivo a ser enterrada viva. Lorna Landers le encargó un estudio sobre su propia muerte y su estancia en la cámara ardiente.

—Dios mío... —palideció la joven, mirando absorta a Brian—. ¿Eso hizo?

—En efecto, señorita —asintió Brian—, Todo fue tal y como ella lo presintió. Es posible que quisiera transmitir así su mensaje de terror a todos. Creo que temía más, mucho más, a la posibilidad de morir en apariencia que a morir en realidad...

—De modo que usted es pintor... y usted conoció a Lorna.

—Sí, la conocí. Dos semanas antes de su muerte. Es la única vez que la he visto viva. Y creo que nunca podré olvidaría...

—Sí, le comprendo muy bien —asintió la muchacha—. Era difícil olvidar a Lorna, una vez se la conocía. Y ahora... está muerta.

—Y sepultada —confirmó Brian amargamente—. ¿Puedo llevarla a alguna parte? Me dirijo al centro de la ciudad, a almorzar en cualquier parte. Podríamos hacerlo juntos, señorita Westcoat, si no tiene a nadie en Londres,

—Absolutamente a nadie —suspiró ella, indecisa—. Si no va a ser demasiada molestia para usted...

—Oh, por favor, no diga eso. Será un placer acompañarla durante su visita a la capital. Tal vez ello nos sirva para hablar de Lorna Landers en algún momento... Pero también para hablar de usted, de mí, de muchas cosas que nos distraigan un poco y nos alejen de la mente ese triste recuerdo.

—Conforme, señor Cameron —aprobó ella, más animada—, Si el inspector no tiene inconveniente...

—Oh, no, ninguno —se apresuró a rechazar el policía—. El señor Cameron tiene la rara virtud de buscarse complicaciones por todas partes, pero creo que es un hombre en quien puede confiar, siempre que al asesino no le dé por obsequiarles con otro cadáver, como parece ser su costumbre cuando quieren hacer un presente al señor Cameron.

—¡Un cadáver! —se horrorizó la muchacha. Miró con ojos muy abiertos al policía—. ¿A qué se refiere, inspector?

—No le haga caso —terció Brian—. Venga conmigo. Se lo explicaré por el camino, señorita Westcoat. O a los postres del almuerzo, para no quitarle el apetito... No mencionó en absoluto el mensaje recibido la noche anterior, porque sería tanto como admitir la existencia de un camafeo que no había devuelto. Y el inspector Wallace sospecharía rápidamente que él le ocultaba algo. Tomó del brazo a la joven llegada de Sheffield y se encaminaron a la parada de coches de punto situada cerca de la salida del cementerio.

—¡Buen apetito, amigos! —Les deseó el policía, ya fuera del recinto funerario—. Y tenga cuidado. Ya no le protege nadie a estas horas...

Brian sonrió torvamente, sacudiendo la cabeza con escepticismo, y subió a un carruaje con su invitada. Desde el interior del vehículo, el pintor atinó a vislumbrar a Edwin Landers subiendo a otro carruaje, en compañía de su madre y de una dama de unos veinticinco años, alta v morena. Sin duda su esposa había llegado de Edimburgo para asistir a los funerales. Solo, en un coche tirado por dos hermosos caballos color café, viajaba lord Dennis Hudfield, el prometido de te difunta Lorna. Era, sin duda, un vehículo de su propiedad con cochero ataviado de lujosa librea.

Alguien más atrajo su atención, allá en el cementerio, junto a la tumba de Lorna. Tras un árbol, había aparecido un hombre vestido con un macferlán color marrón y una gorra de igual color con visera. Debajo de su gorra eran visibles los cabellos, entre rubios y canosos, bastante largos, lo mismo que sus patillas. Llevaba guantes v caminaba con lentitud hacia la salida. Iba solo. De vez en cuando, dirigía una mirada atrás, a la lápida gris.

Brian no le conocía. Se preguntó quién sería aquel hombre canoso, de mejillas rojizas, nariz afilada v pantalón y gorra marrones. Pero el carruaje doblaba ya la verja del cementerio y la visión se perdía tras un muro de ladrillos. Enfilaron hacia South Kensington por Fulham.

A su lado, la pelirroja Hazel Westcoat parecía sumida en sus pensamientos. Brian hubiera jurado sobre qué giraban éstos.

O mejor dicho, sobre quién. Lorna Landers, evidentemente, dejaba siempre honda huella en aquellas personas que la habían conocido.

El mismo no podía quitarse de la imaginación aquel hermoso rostro del camafeo y de su «Estudio en Negro». Aquel rostro que viera una noche en su buhardilla de Spitafields, como una visión maravillosa que iba a cambiar su destino!

Y tal vez, en el fondo, eso es lo que estaba ocurriendo. Aunque todavía no podía saber si para bien o para mal...

* * *

—Ahora ya lo sabe todo, Hazel.

Ella afirmó con lentitud, moviendo su roja cabeza, al otro lado de la mesa

de cuadros rojos y blancos, donde los platos de postre no habían sido terminados, y el brandy ponía reflejos acaramelados en la copa de Brian. Un cigarro humeaba en la mano del pintor. Alrededor suyo, el recogido y confortable restaurante de Regent Street ofrecía unas pocas mesas ocupadas. Fuera, lucía el sol y no parecía amenazar nuevamente con lluvia.

—Es una extraña historia —musitó ella con voz apagada—. A Lorna la obsesionaba la muerte. No por ella en sí, sino por la posibilidad de que fuese sólo aparente y pudiera volver en si dentro de una tumba... Recuerdo que el médico que la examinó en la Universidad cuando sufrió aquel ataque, certificó su fallecimiento y hasta fue transportada en ambulancia a! depósito. Durante el viaje, cuando la acompañaba yo en el carruaje sanitario, se recuperó. Para mí fue una experiencia terrible, aunque lloré de felicidad al verla revivir. Pobre Lorna... ¿Sería igual esta vez y la autopsia la mató, con el bisturí forense como arma homicida, Brian?

Ambos jóvenes habían prescindido de protocolos molestos en dos personas de su edad. Por eso se trataban con familiaridad, a pesar de haberse conocido sólo tres horas antes.

—No creo —se estremeció Cameron, ahuyentando de sí tan espantosa idea —. Recuerde lo que le conté, Hazel: había cianuro en el oporto. Sus labios olían a almendras amargas cuando la hallaron...

—¿No hubiera sido posible que sólo tomara un sorbo insuficiente para morir pero sí para provocarle la muerte aparente, engañando al forense al certificar su defunción, Brian? —sugirió tila, temerosa.

—No sé, no sé... —confesó roncamente Brian, inseguro, apoyando su cabeza entre ambas manos—. Dios no lo habrá querido. Pero no podernos estar seguros. Sería espantoso imaginar que la autopsia acabara con su existencia.

—Espantoso pero posible, ¿no?

—Sí, claro. Posible, sí —admitió Brian sordamente, mirándola preocupado —. ¿Sabe una cosa Hazel?

—¿Qué?

—Me ha dado usted una idea. Posiblemente cometamos una impertinencia con ello, pero se me ha ocurrido que podríamos visitar esta tarde al doctor Brooks, el forense de Scotland Yard en la noche de autos,.. No será difícil saber sus señas...

—¿Cree que es prudente? Los médicos son muy susceptibles en ciertas cosas —avisó la joven—. Tuve un tío médico y sé de esas cosas. Con más motivo cuando se es forense de la policía en Londres...

—Sé que no va a ser fácil ni agradable, pero, ¿por qué no averiguarlo? — sugirió Brian vivamente.

—Como quiera —admitió ella, sin demasiado entusiasmo. Le miró largamente, con cierta extrañeza—. ¿No tiene que trabajar?

—Más tarde. Mañana tengo que empezar unos encargos.

—Parece irle bastante bien con la pintura...

—¿Bien? —Brian soltó una carcajada—. Si llegan a decirme hace dos semanas que iba a almorzar en un restaurante de esta categoría, permitiéndome además el lujo de invitar a una joven, hubiese dicho que todos estaban locos. No tenía ni para pagar mi alojamiento en esa buhardilla de Spitafields donde vivo y pinto.

—¿Y Lorna le dio la suerte?

—Lorna me dio cien libras, que es mucho para mí. Y no sólo eso. He recibido ya varios encargos muy bien pagados. E! inspector me ha dicho que esta noche los vespertinos publicarán noticias e incluso un dibujo de mi «Estudio en Negro». Eso elevará posiblemente mi cotización. Los marchantes vendrán a comprarme lo que sea para aprovechar el momento adecuado. No soy tan malo como para morirme de hambre, pero tampoco tan bueno como para hacerme de oro. Me conformaría con el término medio, con ser un pintor bien pagado, y nada más.

—Quizás lo consiga ahora —le sugirió ella con una sonrisa.

—Quizás. De todos modos, sigo aconsejándole lo mismo, Hazel: hizo bien en no seguir su vocación por la pintura. Da mucho menos que coser en una empresa decente, puede creerme.

—Si usted lo dice... ¿Cuándo vamos a ver a ese médico forense?

—Todavía es pronto. Podemos dar un paseo por Londres. Es raro tener aquí un día de sol y sin niebla en pleno noviembre. Vale la pena gozar de él, créame.

—Estoy dispuesta a seguir siendo su invitada por hoy —sonrió la joven complacida—. Después de tan excelente almuerzo en un lugar tan agradable, no puedo por menos que aceptarle como anfitrión gustosamente. Dentro de! dolor que supone haber venido a Londres para ver sepultar a mi antigua compañera, me gustaría llevarme un recuerdo grato de todo esto cuando vuelva a Sheffield, a mi taller de costura, a ver caer la lluvia durante casi todo el año detrás de los cristales de las ventanas.

—No parece la suya una vida muy alegre, Hazel.

—No lo es —admitió ella, con cierta amargura—. ¿La suya sí?

—A veces. Cuando me sumerjo en la tarea y vivo el mundo del lienzo que pinto. Pero lo que me rodea es infecto, miserable y odioso.

—También me ocurre a mí lo mismo. Con la diferencia de que dar puntadas a unas telas no tiene nada de romántico ni permite evadirse a la imaginación.

—Vamos a dar ese paseo —cortó bruscamente Brian, pidiendo la nota al camarero con un gesto—. Charlaremos bajo el nada frecuente sol londinense, amiga mía.

Salieron del restaurante. Fue un grato paseo hasta Saint James Park, en un tibio Londres otoñal bañado de insólita luz dorada solar. Al atardecer comenzó a caer un ligero frío húmedo. Del río se inició la llegada lenta de una densa niebla.

—Esto cambia con rapidez, como siempre en Londres —se quejó Brian—.

Vamos, Hazel. Creo que es el momento de hacer algo. Buscaremos a nuestro médico forense, el doctor Elmer Brooks.

Tuvieron suerte. Le localizaron pronto. Daba clases de Medicina Legal en el Hospital de Saint Mary Abbots, en Kensington, entre los jardines de Lexham y los de Cornwall.

No era demasiada distancia a recorrer. De modo que Brian detuvo un carruaje, ambos subieron a él y se dirigieron al centro hospitalario donde el doctor Brooks impartía sus enseñanzas a los alumnos de Medicina o a quienes deseaban especializarse en Medicina Forense.

CAPITULO VI
EL MUNDO DE LOS MUERTOS

El carruaje cruzó bajo el viejo porche de! hospital que conducía a su amplio patio interior, empedrado y silencioso, cuando ya había oscurecido y las farolas de gas se repartían en las calles y dentro del recinto hospitalario. También había luz en numerosas ventanas de Saint Mary Abbots Hospital.

Tal como le informaran, el doctor Brooks daba también clases nocturnas a sus discípulos, y era habitual verle en el aula tres exponiendo a sus oyentes las particularidades poco agradables de la Medicina Legal, tales como examen de cadáveres, procedimientos de autopsia y análisis de residuos humanos en tejidos, estómago o intestinos.

Subieron al aula tercera por una amplia y destartalada escalinata, entre altos muros de piedra con olor a vejez y humedad. Se cruzaron con silenciosos individuos de ambos sexos en bata blanca, que iban a sus quehaceres profesionales hablando entre sí de temas triviales con aire aburrido o indiferente.

Aquella zona correspondía exclusivamente al personal interno y a los servicios y cátedras. Otras salas del amplio edificio, así como diversos pabellones situados entre lóbregos patios interiores, eran los que ocupaban los enfermos de diversa consideración y dolencia.

—No sé por qué tuve que hablar de esta tontería —se disculpó Hazel Westcoat cuando enfilaron un interminable corredor de alta techumbre y muros de piedra, en busca de la tercera aula—. Es posible que el doctor Brooks se irrite con nuestra pregunta, Brian.

—Sí, es posible. Pero ambos estaremos más tranquilos una vez seguros de que realmente no cabía posibilidad alguna de que Lorna estuviese viva cuando el bisturí abrió su cuerpo.

—El forense posiblemente crea que dudamos de su eficiencia...

—Lo cierto es que se han dado casos así, ¿no? Pues entonces vale más comprobarlo. Por desgracia, la catalepsia es una realidad en nuestro tiempo. Tal vez en el futuro la Medicina logre impedir que se presenten casos así, pero mientras tanto debemos aceptar que existe... y que Lorna ya había sufrido una, vez esa muerte aparente.

El aula tres apareció ante ellos. Brian golpeó suavemente con los nudillos en la puerta. No respondió nadie.

Ante aquel silencio, volvió a llamar. Igual mutismo. Decidió girar el pomo y asomar. Así lo hizo.

Sufrió una decepción. El aula estaba desierta y oscura. No parecía que allí hubiese clase alguna a estas horas. Sin embargo, la tablilla del vestíbulo señalaba bien claramente que había una clase a las cinco y media. Y ya eran casi las seis.

—¿Qué busca, por favor?

Se volvieron ambos. Un hombre viejo, de bata blanca, les contemplaba curioso. Cameron se lo explicó. El otro meneó la cabeza, en sentido negativo.

—¿El doctor Brooks? No, no. Ha suspendido la clase señalada. No se encontraba bien. Creo que si necesita hablar con él puede encontrarlo en su propio despacho, en la planta tercera, puerta doce. Tiene su nombre en ella, no hay pérdida, joven.

Brian dio las gracias al empleado y tomó a Hazel del brazo, dirigiéndose a la escalera nuevamente.

Subieron a la tercera planta y dieron con la puerta donde aparecía una placa con el nombre del doctor Elmer Brooks.

Ambos se miraron.

—Si está indispuesto, todavía será peor —murmuró ella—. Puede enfurecerse...

—Ya estamos aquí, ¿no? —Sonrió Cameron—. Adelante pues.

Golpeó también en aquella puerta, suavemente. Ocurrió lo mismo. No respondió nadie. Insistió dos veces más con igual resultado.

—Tal vez se haya ido a casa, si estaba realmente enfermo —sugirió Hazel —. ¿Nos vamos ya, Brian?

—Espere —él arrugó el ceño y tomó el pomo de la puerta—. Miremos primero, ya que hemos llegado tan lejos...

Abrió la puerta, que emitió un desagradable chirrido de bisagras mal engrasadas. Asomaron ambos la cabeza.

Hazel lanzó un grito de horror. Brian sintió que un escalofrío sacudía todo su cuerpo, haciéndole tambalear.

—Dios mío... —jadeó—. ¿Qué es esto?

Un hombre de mediana edad, con lentes sobre una roja nariz abultada, vestido con una desaliñada bata blanca, colgaba del techo. Una cuerda sujeta a una gruesa viga se enroscaba en su cuello. Parecía tener roto el mismo, y su cabeza canosa, medio calva, pendía a un lado grotescamente.

Su expresión, a la luz de una lámpara encendida sobre su mesa de trabajo, era horrible.

—¡Dios mío! —gritó roncamente Brian precipitándose hacia el médico y subiéndose a una silla para comprobar si aún vivía—. ¿Qué ha sucedido aquí?

Ni siquiera tocó el cuerpo. No hacía falta. El rostro amoratado, la lengua hinchada asomando por sus labios, los ojos desorbitados y el cuello quebrado eran bien elocuentes.

El médico forense de Scotland Yard se había ahorcado en su propio despacho. A sus pies yacía un escabel que él mismo debió impulsar al suelo, para matarse.

Hazel se ocultaba el rostro, vuelta de espaldas al ahorcado que oscilaba lúgubremente en el aire. La sombra del cadáver se proyectaba en la pared, a causa del resplandor de la lámpara de gas en la mesa. Hazel clavó sus ojos sobre ese mueble en su afán de huir de la contemplación de aquel horrible espectáculo.

Así, sus ojos se fijaron en la hoja de papel escrita que había sobre la mesa. Se inclinó a leerla, dominando sus temores y sollozando entre dientes.

—Brian... —susurró—. Venga a ver esto, por favor...

Cameron se aproximó a la mesa, sombrío. Se inclinó también, leyendo el escrito. Era muy breve, y escrito con letra desigual y nerviosa. La pluma yacía junto al papel, y había manchado de tinta otros papeles de la mesa.

«Debí saber antes que esa muchacha era cataléptica. Nunca debí renunciar a la autopsia por conservar su belleza. Me pregunto si ahora...

«Son demasiados errores en poco tiempo. Me siento viejo y enfermo. Es mejor terminar...»

No había firma. Ni hacía falta. El papel iba timbrado con el nombre del doctor Elmer Brooks, Médico Forense de la ciudad de Londres.

* * *

—Dios mío... otro cadáver en mi camino. Un suicida esta vez...

Brian se quedó contemplando la noche, la niebla las luces callejeras, mientras el hospital de Saint Mary Abbots se conmocionaba con la muerte del doctor Brooks y la policía era esperada. Ambos, Hazel y él, habían bajado al patio a tomar un poco de aire fresco para rehacerse. El rostro de él reflejaba tensión y angustia. El de ella, preocupación e inquietud. Se miraron en silencio un momento.

—¿Leyó la nota, Brian? —Susurró la muchacha—. El doctor Brooks admiró tanto la belleza física de Lorna que... que no le efectuó autopsia alguna. Por tanto, podía estar viva aún cuando salió de sus manos. El mismo lo escribió en ese papel. Cometía muchos errores últimamente. ¿Y si otro error suyo fue dar por muerta a Lorna por causa del cianuro, y ella sólo estaba... en trance cataléptico? Sería espantoso...

—No, Hazel. Nunca pudo llegar viva a la tumba —comentó sombríamente Brian—. Recuerde que no fue sólo la autopsia. Estuvo también lo demás... Parker & Parker, embalsa madores...

—Cierto —se estremeció la joven, apoyándose en el muro y sintiendo heladas sus manos. Cerró los ojos—. Fue embalsamada... Pero entonces, Brian... quizás el embalsamado!" fue la persona que... que la mató.

Cameron se puso rígido. Miró a Hazel con fijeza. Su mandíbula vaciló.

—Dios mío, no se me había ocurrido —musitó—. Todavía peor imaginar una cosa así, Hazel. Extraer las vísceras a un ser vivo...

—Cielos, no —tembló Hazel que, instintivamente, se acercó a Brian, aferrándose a él en busca de un poco de calor—. Eso no... Pobre Lorna...

Cameron la atrajo hacia sí afectuosamente. Tomó las manos de ella en las suyas propias. Las notó totalmente heladas. El cuerpo esbelto y atractivo de la muchacha temblaba ostensiblemente.

—Tengo una idea, Hazel —murmuró Brian.

—¿Cuál?

—No va a ser agradable, pero tampoco esto lo fue. Quiero salir cuanto antes de esta torturante duda. Es preferible pensar que el veneno la mató. Esos embalsamadores son gente experta en manipular cadáveres. Parker & Parker tienen prestigio en Londres en su fúnebre tarea. ¿Por qué no hacemos otra visita?

—¿A… a la embalsamadora?

—¿Por qué no? Es un negocio como otro cualquiera. No será peor lo que nos espere allí que esto que hemos vivido en el hospital. Acostumbran a hacer sus tareas donde nadie pueda verlos. Sólo será cuestión de visitar unas simples oficinas no importa cuál sea su negocio.

—Pero ambos sabemos cuál es ese negocio —musitó ella temblorosa—. Imagino que algo, ese horrible lugar olerá á cadáver, a muerte...

—Bueno, tampoco puede decirse que aquí los aromas sean viciosos —trató de sonreír Brian Cameron con un agrio sentido del humor—. Acido fénico, formol, desinfectantes hospitalarios... Y también muerte, Hazel. Un hombre se ha mataco hoy aquí por no poder resistir un supuesto fracaso un error profesional. Ya ha oído lo que comentaban muchos anegas suyos cuando informamos del hallazgo: últimamente e! doctor Brooks se había vuelto algo huraño y sufría frecuentes depresiones.

—Sin embargo, algo resulta extraño en su muerte; ¿no Brian?

—¿Qué? —el buscó con su mirada los verdes ojos de la joven, que recibían ahora los reflejos de las farolas de gas de! patio.

—Amaba la belleza. Por no estropear esa belleza muerta su bisturí no toco el cadáver de Lorna. Pudo estar equivocado y ella solo sufrir una muerte aparente... Y en vez d" avisar a los demás médicos, incluso a la policía, se ahorca en una viga de su propio despacho.

—Nunca sabremos lo que pasa por la mente de un hombre deprimido —suspiró Brian, encogiéndose de hombros Miro a Hazel tirando suavemente de ella—. Vamos El inspector Wallace, si nos necesita, sabe dónde encontrarnos Le he dado mis señas y las de su hotel a ese hombre el director del hospital.

—Me da miedo visitar una empresa de embalsamadores —susurro la muchacha.

—A mí no me entusiasma la idea. Pero intentamos salir de dudas con el doctor Brooks y hemos encontrado una respuesta demasiado oscura y que no nos gusta. Creo que ya no tenemos otro remedio: es necesario dar con la persona o personas que embalsamaron a Lorna Landers y saber si, realmente, ellos como expertos confirman que su final fue por envenenamiento y no por un ataque cataléptico.

—Sí, vamos —acabó aceptando ella—. Pero empiezo a sentirme enferma...

—Pasará pronto —aseguró Brian, llamando a un carruaje de la parada de punto situada frente al hospital—. La invitaré luego a cenar en un sitio encantador donde se olvidará fácilmente de todo esto. E incluso podemos ir luego a un teatro, para que su único día en Londres tenga un recuerdo mucho más grato que la asistencia a un funeral, el descubrimiento de un cadáver y

una serie de pesquisas policiales. ¿De acuerdo, Hazel?

—Como usted quiera, Brian. Estoy en sus manos, lléveme adonde diga, a cualquier sitio menos a encerrarme en mi habitación del hotel y darle vueltas y vueltas a este horror, hasta tomar el tren de regreso a Sheffield.

—Esa es una buena decisión —comentó Cameron, tratando de mostrarse jovial, a! subir con ella al carruaje—Seguro que no se arrepentirá. Ni siquiera esta visita a Parker & Parker será tan desagradable como imagina...

En eso Brian se equivocó completamente. No tardó en tener ocasión de comprobarlo. Cuando llegaron a Totenham Court Road, el negocio de embalsamado de cadáveres de Parker & Parker Ltd. estaba abierto y con un globo de luz de gas encendido, sobre los pocos escalones que conducían a su puerta de entrada, Un rótulo advertía que los servicios de la empresa permanecían abiertos las veinticuatro horas del día.

Apenas fueron introducidos por un lúgubre empleado a una oficina destartalada, fría y nada acogedora, Hazel apretó una mano de Cameron y comento en voz baja:

—Huele a desinfectantes... ¿Son los que usan en los cadáveres?

Brian se encogió de hombros. No era un experto en la cuestión, ciertamente. Pero se temía que sí. Aquel aroma dulzón, pegajoso, tenía una cierta remembranza al olor de la cera caliente, de la pie! de los difuntos. Pero ignoraba si lo había percibido en alguna ocasión en la cámara ardiente de Lorna Landers.

Un individuo alto, flaco y cadavérico, que hubiese hecho buen papel en las dependencias interiores de la empresa, que Brian intuyó se hallaban tras la hermética puerta que vislumbró al fondo de un pasillo, en un nivel bajo al que se descendía por una serie de cinco o seis escalones, era la persona que les atendió con una sonrisa que pretendía ser amable.

—Ustedes dirán, señores —habló cortésmente mirando alternativamente a uno y otro—. ¿Algún pariente o deudo próximo a quien embellecer para el funeral? Nuestros servicio tienen diversas tarifas, según deseen que el cadáver muestre un aspecto u otro y...

—No, no tenernos a nadie a quien embalsamar —cortó Brian dominando su desagrado.

—Oh, entonces... ¿A qué debo el honor de su visita? —el entusiasmo y cortesía del hombre se difumino en gran parte, e incluso les miró con cierto recelo.

—Deseo saber quién embalsamó a Lorna Landers —dijo Brian, poniendo en la huesuda y cérea mano del individuo un billete de cinco libras.

El hombre contempló absorto aquella pequeña fortuna, que él tal vez tardaba semanas enteras en ganar en su condición de empleado nocturno, y tragó saliva, haciendo subir y bajar grotescamente su abultada nuez en el flaco pescuezo.

—Oh, entiendo... ¿es información sobre un trabajo de la casa? ¿Son acaso familia de la difunta?

—Sí —mintió con rapidez Brian, antes de que Hazel despegara los labios —. Soy primo hermano. Hemos tenido un problema de malos olores con la difunta. Quería aclarar ese punto, dada la tarifa que nos fue aplicada por esta empresa.

—Un momento, por favor —pidió el lúgubre personaje, con aire confundido—. Veré en los libros... ¿Dice que la difunta se llamaba...?

—Lorna Landers —Brian se dijo que aquella gente hablaba de los muertos con la misma naturalidad que el sepulturero de Hamlet lo hacía ante los restos de Yorik, según Shakespeare—. Ha sido inhumada hoy.

El hombre asintió, sentándose ante un alto pupitre y comenzando a pasar amarillentas hojas de un enorme volumen de registro. Al final halló lo que buscaba y dio un palmetazo en la página, mirando a la joven pareja con gesto ceñudo.

—Aquí esta —dijo—. Lorna Landers. Veintidós años. Victoria Street, 42. Muerte por envenenamiento.

—Sí, ella es —corroboró Brian.

—Hum... Es raro lo que me dice, señor. Esta joven fue embalsamada por la propia señora Parker, Allison Parker es nuestra mejor experta, la esposa del señor Parker, nuestro patrón. La tarifa aplicada fue la más alta. Por tanto, todo tuvo que ser correcto, ella nunca comete errores de ese tipo. ¿.Seguro que no está usted equivocado?

—Seguro —Hazel parecía asombrada ante el modo cínico de mentir que tenía Brian—. Insisto en mi reclamación. Fue un embalsamamiento bastante imperfecto para su precio. ¿Cuándo puedo hablar personalmente con la señora Parker?

—Bueno, verá... —el hombre fúnebre vaciló, acariciándose con sus huesudos y largos dedos el mentón—. Casualmente, La señora Parker se ocupa esta noche de un embalsamamiento urgente. Está ahí dentro, en su tarea. Si desea hablar con ella... ejem... tendrá que soportar ciertos olores, quizás un espectáculo nada agradable...

—Es igual —Brian se mantuvo firme—. Hablaré con ella, gracias. Será sólo un momento.

—Muy bien —e! hombre se humedeció sus exangües labios, poniéndose en pie—. ¿La señorita también va a entrar?

—No, no —rechazó Hazel vivamente con gesto de instintivo horror—. Yo no. Vaya usted solo, Brian... si es que lo resiste.

—Lo intentaré —sonrió el pintor—. Espere aquí, por favor. No tardaré...

El hombre largo, flaco y enlutado, le señaló la puerta con gesto cansado. Ciertamente, era la que había imaginado

Brian, al fondo de los escalones descendentes. Fue hacia allá con resolución. Golpeó en la madera. El empleado le aconsejó, bostezando:

—Entre sin llamar. Su trabajo la tiene abstraída y no oye muy bien en esos momentos, señor...

Con una repugnancia que trató de dominar, Brian Carne ron giró el pomo,

abriendo la puerta.

Un raro, intenso hedor a perfumes, a bálsamos y a muerte, hirió su olfato. Le coste avanzar, entrar en aquel recinto oscuro, iluminado débilmente por una luz rojiza al fondo, pero lo hizo, dejando la puerta entornada tras de sí. El olor se hizo más denso y viscoso Sintió náuseas.

Algo hervía sobre un hornillo de gas y el hervor de esa materia, fuese cual fuese, junto a una mesa de mármol donde se apilaban en forma nauseabunda las tripas, el corazón, hígado y riñones de un ser humano, junto a algo medio envuelto en un paño, y que tenía todo el aspecto de ser una masa encefálica extraída a trozos, aumentó su repulsión por todo aquello que le rodeaba en aquel antro de fetidez y de miseria humana.

Algo más al fondo, descubrió sobre una nueva mesa de mármol el cadáver desnudo de un hombre color cera, con el vientre abierto y vacío. De sus fosas nasales todavía colgaban residuos de encéfalo junto a unos rígidos tubos usados, sin duda, para vaciar su cráneo. Tenía cosidos los palpados, Brian no quiso averiguar lo que había en un cubo de basura cercano, brillante y gelatinoso. Era mejor ignorarlo.

Dominó su respiración para no absorber aquellos olores, mezcla de carne a punto de putrefacción y de bálsamos productos aromatizantes para bañar el cadáver.

—¡Señora Parker! —llamó roncamente.

Y las sórdidas bóvedas parecieron repetir su llamada con, ecos vacíos y lúgubres.

Una persona inclinada sobre otra mesa con materiales de trabajo para aquella sórdida tarea, permaneció en igual postura, sin hacerle caso. Brian descubrió su cabello salpicado de canas y su blusa oscura y con pliegues. Sin duda, se trataba de la propia señora Parker, la embalsamadora.

Al fondo, una ventana abierta agitaba sus visillos.

Se aproximó a la mujer y llamó de nuevo, tocando su hombro suavemente:

—Perdone mi intromisión, señora Parker, pero deseo reclamar sobre el embalsamado de una joven llamada... Se interrumpió. Apartó del hombro de la mujer su mano con sobresalto. Aun así, no pudo evitar que el cuerpo de la señora Parker se venciera de lado, cayendo pesadamente sobre unos frascos y tubos que volcó y derramó con su peso. Brian Cameron, estupefacto, se encaró a un rostro de mujer, lívido y crispado, en el que los ojos dilatados brillaban con el tono vidrioso de la muerte.

Sus cabellos se erizaron. En aquel recinto lleno de residuos humanos repugnantes, de olores fétidos y de aromas dulzones junto a un cadáver vacío y unas vísceras amontonadas sobre una mesa, acababa de encontrarse con otro cadáver. Por segunda vez en la misma tarde, por tercera vez desde a madrugada anterior, Brian Cameron se enfrentaba a la muerte.

La señora Parker nunca le diría cómo fue embalsamada Lorna Landers. Estaba muerta, en su mundo maloliente y siniestro.

CAPITULO VII
SOSPECHAS

El inspector Wallace contempló, ceñudo, cómo la mano temblosa de Hazel Westcoat llevaba la taza a sus labios y comenzaba a beber el te con sorbos nerviosos, casi espasmódicos.

Luego, sus ojos huraños se dirigieron al silencioso Cameron.

—Tiene que estar usted loco para hacer lo que hizo en compañía de esta joven. ¿Se cree que todo el mundo reacciona igual ante un cadáver? En pocas horas, la ha hecho enfrentarse por dos veces a la muerte. Eso, sin contar su visita al cementerio.

—Lo siento inspector. Yo no podía saber que el doctor Brooks iba a suicidarse, y que la señora Parker padecía del corazón y que iba a morir en plena labor la misma noche que su forense... Lo lamento mucho, de veras. No me perdonaré nunca que esta joven, por querer salir de dudas, se haya visto abocada a dos tragedias semejantes.

—Es fácil disculparse cuando el mal está hecho —refunfuñó el inspector —, ¿No cree que todo eso era tarea nuestra y no suya, Cameron?

—Perdónele, inspector —musitó la joven con voz débil—. En realidad, yo tuve la culpa al sugerirle mis dudas al respecto... temía que el bisturí del forense o la tarea de los embalsamadores hubiese podido matar a una persona viva, dada prematuramente por muerta.

—Que yo sepa, ninguna catalepsia dura tanto tiempo como tardó la señorita Landers en ser sepultada —replicó el policía con acritud—. De todos modos, no creo que el doctor Brooks se equivocara al juzgar que había muerto por envenenamiento. Lo que no entiendo es cómo luego mintió, renunciando a practicar la autopsia legal y extendiendo un informe falso, sólo por preservar la supuesta belleza de un cadáver...

—Ahora, inspector, tampoco estamos realmente seguros de que Lorna Landers estuviera embalsamada.

—El hecho consta en los registros de la empresa, ¿no? —Se irritó Wallace —. Y no hay motivos para pensar que la difunta señora Parker fuese a cambiar de idea, dejando sin tocar el cadáver de su cliente. No creo que a esa dama, habituada a manipular cuerpos sin vida, le impresionase la belleza particular de uno de ellos.

—-Pero lo cierto es que no lo sabemos, inspector —habló Brian con voz grave—. Ni siquiera usted puede estar seguro de ello. La señora Parker pudo cobrar por algo que no hizo.

—Eso sería ridículo. No todo el mundo en Londres va a pensar como el pobre doctor Brooks.

—Posiblemente no. Pero, ¿existe certeza de que la persona sepultada esté muerta o bajo un ataque de catalepsia?

—Dios mío, no —sollozó Hazel, dejando la taza de té con un temblor que

hizo vibrar el servicio—. No quiero ni pensarlo. Pobre Lorna... Sepultada viva... ¿Qué sucedería sí despertase de pronto en su féretro... o si hubiese despertado yal

El inspector iba a decir algo, pero abrió y cerró la boca sin terminar de emitir sonido alguno.

Finalmente, meneó la cabeza y anotó algo con rapidez en un papel.

—Está bien, señorita Westcoat —dijo desabrido—. Voy a dar un paso del que quizás me arrepienta toda mi vida. Trataré de que usted salga de dudas, si es que legalmente me autorizan a ello, cosa harto dudosa, puesto que necesitamos la autorización familiar, mas una decisión familiar en firme basada en un hecho lo bastante sólido.

—¿Qué pretende exactamente, inspector? —se interesó Brian, curioso.

El policía le miro con cara de pocos amigos y dijo antes de salir de su oficina con aquella nota en la mano

—Intentar que se exhume el cadáver de la señorita Landers para un examen forense del mismo.

—No. ¡Rotundamente, no!

—Estoy de acuerdo. Jamás. Mi sobrina no tiene por que ser exhumada ahora. Sería una ceremonia horrible

El inspector Wallace cambió una mirada pensativa con Cameron. Luego, paseó por la estancia de Victoria Street 42, con sus pulgares en las sisas de su chaleco rameado'

—Todavía no hay nada firme, señores —advirtió—Falta la decisión del juez .Pero para ello es preciso contar con su aprobación previa.

—Ya conoce nuestro criterio inspector—, insistió secamente Edwin Landers— ¡No!

—Muy bien – el policía se volvió a la madre de Edwin, lady Emily Landers— ¿Usted persiste también en su negativa, señora?

—Rotundamente, inspector —suspiró la dama enjugándose una lagrima invisible con un pañuelo de encajes—Sería espantoso extraer de su tumba a mi querida sobrina ¿No creen que ya se ha escandalizado bastante en torno a su muerte?

—Señora Landers, su muerte en principio está considerada un asesinato — le recordó el hombre de Scotland Yard—Y ahora por añadidura, ni siquiera podemos estar seguros de que fue efectuada la autopsia y el embalsamiento, Ella podría haber sido enterrada viva si el doctor Brooks también erró en su diagnóstico. ¿Se imagina a su sobrina, Señora Landers, volviendo a la vida dentro de un ataúd? ¿Lo Imagina usted, señor Landers, a su prima Lorna en ese estado, intentando desesperadamente salir, arañando el féretro hasta enloquecer, gritando sin ser oída, agotando en unos minutos escasos pero terriblemente largos, el oxígeno respirarle dentro de su féretro? ¿Supone la clase de muerte que tendría en realidad?

—¡Oh, inspector, basta ya! —clamó, muy pálido, el rubio y joven lord Hudfield, poniéndose en pie de un salto e interviniendo por vez primera en

aquella discusión—. ¿A qué esfera, señor Landers? Vamos, Edwin, tenéis que autorizar esa exhumación, necesitamos estar seguros de que no es eso lo que sucede allá abajo...

—Lord Hudfield, lamento recordarle que usted no tiene parte en el asunto, ya que por unas pocas semanas, no se convirtió ella en su esposa —le cortó fríamente Emily Landers—. Por tanto, somos mi hijo y yo quienes debemos decidir al respecto. Y esa decisión está ya definitivamente tomada.

—De modo que su respuesta es... no, ¿verdad, señora? —preguntó suavemente Wallace.

—En efecto, inspector. Decididamente, no. No se hable más del caso.

—Señora Landers, su decisión resulta harto sospechosa —apuntó Brian de pronto.

—¿Qué? —Ella se volvió hacia él, mirándole con estupor, como si no comprendiera lo que el pintor quería dar a entender con sus palabras—. ¿Qué pretende decir con eso?

—Que sólo por unas pocas semanas, su sobrina Lorna no sólo hubiera salido de la órbita familiar definitivamente, sino que su fortuna, en caso de muerte, hubiera pasado íntegra a lord Hudfield y no a ustedes. Podemos decir, por tanto, que su defunción ha resultado muy oportuna para los Landers, y más teniendo en cuenta que fue provocada por cianuro.

—Señor Cameron, sus palabras me suenan a injuria —le tembló la voz a Edwin—. ¿Qué está intentando decir? ¿De qué nos acusa?

—De nada —sonrió Brian—. Pero es tan fácil viajar desde Edimburgo con anterioridad, poner veneno en el oporto, cuando visita a su prima y marcharse luego a cualquier otro punto, supongamos que a York o Redford, a la espera de un aviso confirmando la muerte de su prima, para acudir a Londres a los funerales...

—Esa... ¡esa insinuación es calumniosa y vil! —rugió Edwin, furioso—. ¡Puedo llevarle ante los tribunales por semejante infamia!

—Cálmese, señor Landers —suspiró el inspector Wallace—. El señor Cameron se ha limitado a sugerir algo factible. Como factible sería abandonar durante un entreacto el teatro, que dista por cierto solamente seis manzanas de esta casa, entrar en ella con cualquier pretexto, tomar una copa con su sobrina Lorna, que cae fulminada, y usted, señora Landers, regresa al teatro, a tiempo para el acto siguiente, sin que nadie se percate de su ausencia.

—¡Inspector! —Palideció intensamente la dama—. ¿Usted también me acusa? ¿Puede probar la calumnia que está lanzándome?

—No la acuso de nada, señora. Me limito a exponer posibilidades. He comprobado, mediante un telegrama a la policía de Edimburgo, que usted abandonó su casa tras una pelea con su esposa, justamente el mismo día en que murió Lorna Landers. Y que nadie le vio durante ese día y esa noche en los círculos habituales que frecuenta allí.

—Esos son problemas domésticos, conflictos familiares que nada tienen que ver con todo esto... —se lamentó muy pálido el joven—. Mi esposa y yo

no nos llevamos demasiado bien últimamente...

—Lo sé, lo sé —afirmó beatíficamente el policía—. Dificultades económicas, ¿no, señor Landers? Felicítese. Ahora ya han desaparecido con la herencia de su prima. Herencia que, si ella padeciese catalepsia y saliera con vida de esa tumba, usted perdería de modo definitivo. Comprendo sus razones para negarse a la exhumación.

—¡Yo no la maté! —Aulló Edwin, desesperado—. ¡Estuve en Edimburgo esa noche, sólo que me emborraché y me fui a deambular por las afueras, donde nadie me viera! Al otro día regresé a casa, mi esposa puede confirmarlo...

—El testimonio de una esposa tan necesitada de dinero como usted mismo, tiene difícil aceptación ante un jurado, señor Landers. Además, el tren tarda algo más de seis horas en recorrer el trayecto Londres-Edimburgo. Le sobraría tiempo para estar aquí a las once de la noche, tomar el primer tren matinal y llegar a su casa a las doce o una del mediodía, con tiempo sobrado para recibir el telegrama de Londres con la fatal noticia.

—Está calumniando gravemente a mi hijo ante testigos, inspector... —jadeó la madre con voz ahogada y sofoco en el rostro.

—Señora Landers, he confirmado en el teatro que usted estuvo ausente durante todo el entreacto segundo. Sobre las diez y media a once, poco más o menos. Regresó ya empezado el tercer acto, excusándose por su tardanza a causa de lo llena que estaba la toilette de señoras del teatro. Treinta minutos serían tiempo sobrado para ir a su casa, ver morir a su sobrina y regresar al teatro. Lo he comprobado minuciosamente.

—¿Otra calumnia? ¿Es que pretende involucrarnos a los dos? —se asustó ella.

—No, señora Landers. Sólo pretendo hacerles ver que ambos tienen motivos harto oscuros para negarse a esa exhumación. Sin contar con que usted extrajo unas sumas de difícil justificación de la cuenta bancaria de su sobrina Lorna, aprovechándose de que ella aún no le había impedido ese privilegio desde que cumplió su mayoría de edad y usted dejó de ser tutora suya.

Muy pálida, la señora Landers resopló, echándose atrás en su asiento. Edwin la miró con angustia. Madre e hijo parecían ahora anonadados por las palabras del policía Pero aun así, el joven trató todavía de luchar:

—Yo amaba sinceramente a mi prima. Jamás la hubiera causado el menor daño...

—Cierto. La amaba —corroboró Brian Cameron con ironía—. Hasta el punto de espiarla por las cerraduras cuando se desnudaba, y gozar con su contemplación, ¿no es cierto?

Esta vez le tocó quedarse blanco como el papel al joven Landers. Balbuceó algo, incoherente y torpe, y se desplomó sudoroso, sin saber qué replicar. Lord Hudfield, muy altivo y frio, se puso en pie mirándoles con desprecio.

—Me dan ustedes asco —dijo—. Los dos. Si no exhuman el cuerpo de

Lorna, yo me encargaré de difundir por todo Londres y por el propio Edimburgo las sospechas que justificadamente pesan sobre ambos. Buenos días, señores.

Abandonó la casa con dignidad. Brian vio a través de un espejo que Molly, la doncella provocativa, le acompañaba hasta la puerta. Cuando hubo salido el joven aristócrata, ella se volvió y guiñó un ojo al pintor a través del espejo, perdiéndose camino de las dependencias de servicio.

—Está bien —sonó la voz de Emily Landers con amargura—, Hagan lo que quieran. Procedan a esa exhumación, si lo creen oportuno. No tenemos nada que ocultar.

El inspector cambió una mirada de inteligencia con Brian Tendió un documento a la tía de Lorna.

—Bastará que usted y su hijo firmen aquí, por favor —pidió suavemente.

—Ahora, todo depende ya del juez. Pero no puede haber oposición si se alega posibilidad de entierro prematuro y se muestra la autorización familiar —fue el comentario del inspector Wallace, mientras el carruaje les conducía desde la mansión de los Landers a los juzgados municipales de Londres—. ¿La llevamos ante la estación, señorita Westcoat?

—No, gracias —rechazó ella, ensimismada en un rincón del vehículo—. He cambiado de idea. No me iré de Londres hasta saber lo que sucede con Lorna. No podría vivir si me ausentase ahora, sin conocer el desenlace de todo esto.

—Como guste —el policía se encogió de hombros, pensativo, mientras rodaban a buena velocidad sobre el empedrado londinense, en un día neblinoso y grisáceo, con un aire frío y húmedo que molestaba sobremanera en el exterior—. Cameron, tengo un telegrama de un colega francés. ¿Le interesa saber algo sobre la mujer rubia asesinada en el carruaje en el que estuvo usted a punto de matarse?

—¿Se refiere a Ivonne Marquand? —se extrañó Brian.

—Sí, a ella misma —asintió Wallace—. Al parecer, estuvo en París durante muchos años, aunque ella era de Lyon, ejerciendo su nada edificante carrera. De eso hace ya tiempo, cosa de un par de años. No vivía sola, sino con una amiga que hacía su mismo trabajo, una tal Vivianne Leduc, cuyo paradero se desconoce totalmente, aunque se supone que viajaron juntas a Inglaterra para seguir ejerciendo aquí.

—¿Eso es todo?

—No, no todo. Había un hombre con ellas. Una especie de «protector» o vividor que las explotaba. El tipo se llamaba Jean Pierre Duprez. Tampoco se sabe nada sobre su actual paradero.

—Es una oscura historia.

—Muy oscura. Lo más extraño es que he intentado por todos los medios relacionar esa gentuza con Lorna Landers. No encaja en absoluto.

—Pero el cochero que me golpeó, que condujo suicidamente el carruaje, que me dejó frente a la funeraria... no puede ser una coincidencia, teniente.

Me seguía, lo sé.

—Sí, yo también estoy seguro de que fue así. Pero, ¿por qué? ¿No hay otro asunto, otra cosa que usted me haya ocultado, Cameron? ¿Está seguro de eso?

De nuevo acudió a la mente de Brian Cameron el camafeo. Pero eso tampoco tenía el menor sentido, pensó. El camafeo era de Lorna Landers. No podía existir relación entre Lorna y aquellas gentes de los bajos fondos parisinos.

—Sí, teniente —mintió Brian, sintiendo la curiosa mirada de Hazel fija en él por algún motivo que se le escapaba—Estoy totalmente seguro. No le oculto nada.

—Hum... Pues resulta extraño. Muy extraño... Es como tener entre manos dos casos diferentes, ambos relacionados con usted y con Lorna Landers, pero sin el menor punto de contacto con usted o con ella. O son realmente dos asuntos distintos... o existe en alguna parte un nexo que se nos escapa...

Brian Cameron se sentía ligeramente incómodo ahora. De todas formas, tampoco podía serle útil al inspector. No veía relación alguna entre el camafeo de Lorna y el resto del asunto que envolvía el sangriento asesinato de Yvonne Marquand, una vulgar prostituta francesa.

—¿Puede dejarme aquí, inspector? —Pidió, al ver una parada de carruajes de alquiler por la ventanilla—. Creo que debo ir a casa, a trabajar un poco. Seguirle a usted a través de Londres, en sus pesquisas, no me dará de comer...

—Claro —el policía le escrutó con rostro inexpresivo—. ¿Usted también se baja, señorita Westcoat?

—Sí, por favor, ¿Cuándo piensa proceder a...?

—¿La exhumación? —el policía carraspeó—. Es posible que esta misma noche. Estas cosas valen más hacerlas sin demasiado escándalo. Vendrá con nosotros un par de médicos forenses, por si acaso. ¿Desea asistir?

—Sí, inspector, se lo ruego —asintió ella.

—Y usted también, por supuesto —miró a Brian.

—Por supuesto —sonrió tristemente Brian—. Si ella está realmente viva aún, creo tener parte importante en todo ello por haber pintado ese cuadro, ¿no?

—Sí. Es posible que su «Estudio en Negro» sea la clave de todo, si es cierto que esa muchacha aún puede volver a la vida... —manifestó Wallace con escepticismo, parando el carruaje oficial para que ambos descendieran de él.

Se alejó después, perdiéndose en el tráfico del centro londinense. Brian caminó con Hazel hacia la parada de coches de punto.

—¿Quiere visitar mi estudio? —ofreció el cortésmente—. Podríamos tomar allí una copa y luego comer en algún restaurante cercano... Es un mal barrio, pero yendo conmigo no se meterá nadie con usted...

—Si me gustará ver su buhardilla —sonrió la joven, relajada-. Deseo olvidar, al menos hasta esta noche, toda esta horrible pesadilla que estamos viviendo...

Subieron al carruaje y partieron hacia Spitafields. En el estudio de Cameron les esperaba otra desagradable sorpresa.

Apenas abierta la puerta de la buhardilla, Brian soltó una imprecación de asombro y de ira, y contemplo desolado el panorama que se ofrecía ante sus ojos. _

—¡Cielos! —exclamó Hazel, alarmada—¿Que ha sucedido aquí?

—Ya lo ve Es como si hubiera pasado un tifón —se lamentó amargamente Brian, viendo el destrozo provocado en los muebles en sus objetos, incluso en sus cuadros muchos de ellos desgarrados o arrancados de sus bastidores de madera.

CAPITULO VIII
EXHUMACIÓN

—Es maravilloso... ¿Por qué lo ha ocultado?

—No sé, es una corazonada —Brian Cameron cerró sus dedos sobre el medallón que acababa de rescatar del tejado .al subirse de nuevo hasta alcanzar la claraboya—. Ya ve que hay gente interesada en obtenerlo

—¿Cree que era eso lo que buscaban al destrozar su buhardilla?

—Estoy seguro no poseo nada de valor, salvo este camafeo, Hazel. Y alguien lo sabe muy bien. Alguien que ha vigilado atentamente este lugar, aprovechándose de la ausencia mía y de la señora Tumball, la patrona, para entrar y registrarlo todo sin contemplaciones.

—¿Temía que ocurriera algo así?

—Lo presentía. Desde que supe que alguien me seguía en un carruaje donde viajaba una mujer muerta, intuí que lo único que les interesaba de mi persona era el camafeo de Lorna San

—¿Cree que pudieron asesinarla a ella por esa joya?

—Podría ser un motivo, y tras cometer su crimen supieron que ella no la tenía. Al ver mi cuadro, pensaron que si utilizaría yo ese retrato para modelo, y resolvieron salir de dudas. Pero entonces hay gente muy peligrosa mezclada en este asunto…

—Mucho. Recuerde que no sólo envenenaron el oporto de Lorna, sino que acuchillaron a otra mujer dentro de un carruaje conducido posiblemente por el asesino.

—¿El mismo asesino del cianuro?

—¿Por qué no?

—Eso sería como admitir que los dos casos son uno solo —meditó Hazel en voz alta, con su mirada todavía fija en el hermoso camafeo que sostenían los dedos de Brian.

—Quizás. Y esta joya podría ser el nexo que busca el inspector.

—Entonces no puede seguir ocultándole que está en su poder...

—Tengo que estar seguro. Recuerde que sólo Lorna Landers sabe qué yo tenía en mi poder su medallón. A menos que se lo relatara a alguien de confianza. Y ese alguien fuese la persona que hizo posible el macabro tema de mi «Estudio en "Negro» y que la visitó aquella noche, envenenando su oporto.

—Una persona, en tal caso, de su entera confianza.

—Sí, evidentemente. Si es que las cosas son realmente así, Hazel. Recuerde que estoy simplemente haciendo deducciones y yo no soy un policía. Mi oficio es pintar cuadros, no investigar asesinatos.

—Por cierto, me gustan mucho sus cuadros —ponderó la muchacha, contemplando los maltrechos lienzos—. Lástima que las hayan maltratado así...

—Eso ya no tiene remedio. Haré otros... si vivo para conseguirlo.

Los verdes ojos de la muchacha le estudiaron con repentina aprensión.

—¿Qué quiere decir? ¿Teme por su vida? —El que ha matado dos veces, no vacila en hacerlo otra más, si con ello alcanza su objetivo primordial. Yo podría haberme convertido en un estorbo para alguien, sin saberlo. Hazel no dijo nada. Ayudaba a Brian a poner relativamente en orden las cosas, si bien algunos destrozos de su vajilla, cuadros y objetos frágiles ya no tenía remedio de ninguna clase Aun así, finalmente recuperó la buhardilla su bohemio aire habitual, entre desordenado y pintoresco Los restos de objetos rotos fueron a parar a un cubo de basura.

—Por fortuna, aún quedan un par de tazas y unas copas —suspiro Brian—. ¿Qué tal si tomamos un poco de té o alguna bebida y buscarnos nuevo escondrijo para el medallón Podrían volver otra vez y buscar en sitios donde antes no buscaron.

—Según eso, el mejor escondite sería alguno de los que ellos ya removieron —sonrió la joven con expresión astuta.

—Exacto —asintió Brian, meditativo—. Una idea que compartimos. Vamos a proceder a esconderlo... aquí mismo. Y señaló su paleta de pintor, con los colores removidos Hazel enarcó las cejas como si no entendiera a qué se refería el pintor. Cameron sonrió, abriendo un tubo de color siena, así que derrame sobre la paleta una densa masa Luego hizo igual con otros colores. Mostró el camafeo sobre la paleta

—Ahora, quedará tapado por la pasta de uno de esos colores —indicó—. Ellos ya habían pensado en esa posibilidad antes. Ahora la desecharían, si es que volvieran...

Ocultó el medallón bajo la pasta, recubriéndolo bien, y lo puso junto a un cuadro donde comenzó a dar pinceladas de los colores derramados, como si iniciara una nueva obra Hazel asintió, comprendiendo.

—Perfecto —aprobó—. Espero que resulte.

—Yo también. Y ahora, vamos a tomar ese te luego comeremos algo aquí cerca. Vamos a tener una noche muy aguada, lo presiento...

Sí. Iba a ser una noche muy agitada. Cuando menos, muy dramática y tensa.

* * *

El carruaje había rodado por las silenciosas calles de Londres hasta el cementerio situado entre South Kensington y Chelsea. Dentro, viajaban el inspector Wallace, Brian Cameron y Hazel Westcoat, con dos hombres silenciosos, provistos de maletines negros. Eran los dos forenses elegidos por Scotland Yard para la ocasión.

Detrás, en otro carruaje, viajaban los familiares directos de Lorna Landers. Y, finalmente, un vehículo oficial con seis agentes uniformados. Wallace había querido guardar todas las precauciones adecuadas.

Penetraron en Brompton Cementery, deteniéndose a alguna distancia de la tumba de Lorna Landers. Hicieron el resto del recorrido a pie. Un agente con una lámpara, aguardaba junto a dos empleados del cementerio, avisados poco antes para la fúnebre tarea. La noche, oscura y brumosa, convertía la diligencia legal en una tétrica escena de horror. Poco a poco las personas presentes fueron formando un círculo sombrío, silencioso y agobiante, en torno a la lápida gris de la tumba de Lorna Landers.

Brian se apoyó de espaldas en un árbol cercano, de repente, la imagen lejana, borrosa, de un hombre rubio canoso de edad mediana, fornido, con nariz afilada y mejillas rojas, vistiendo un macferlán y una gorra color café, vinieron a su mente. El desconocido del funeral, pensó. ¿Quién era y que hacia allí?

Apartó de su mente ese recuerdo, atraído por el inicio de la lúgubre tarea. Los empleados del cementerio examinaban a la luz de las lámparas el documento judicial que les entregaba el inspector Wallace. Uno de ellos asintió.

—Todo está en regla —admitió—. Adelante con ello.

Se guardó el papel y comenzó la tarea de desatornillarla lápida gris. Pronto el limpio hoyo rectangular, de paredes recubiertas de piedra, quedó al descubierto. Brian se asomó. Notó a su lado a Hazel, temblando tal vez a causa de una fría ráfaga de aire húmedo. O por lo que estaban presenciando...

Uno de los hombres descendió a la fosa. Pasó las gruesas cuerdas bajo el pesado féretro. Este fue izado en medio de un tenso silencio. El inspector Wallace resopló, enjugándose unas gotas de sudor, pese a la fría noche oscura.

—Si al abrir esa caja... ella apareciese desfigurada por el horror, con sus uñas rotas contra la madera... —jadeó Hazel, estremecida.

—Serénese —la confortó Brian, pasándole un brazo por los hombros—. Nada hace suponer tal cosa... El golpe del féretro sobre la tierra y el césped fue seco, abrupto casi. Los empleados del cementerio se miraron entre si y luego buscaron al policía con ojos inseguros.

—Sigan —ordenó secamente el funcionario del Yard—. Cuanto antes termine todo esto, tanto mejor.

Ellos asintieron, inclinándose sobre la caja. Utilizaron una llave maestra especial, para abrir los dos cierres plateados del ataúd. Luego, se hicieron a un lado, silenciosos. El inspector Wallace avanzó. Era él la persona encargada de descubrir el féretro. Emily Landers, allá atrás, rompió en sollozos Su hijo trató de calmarla. A su lado, la señora Landers, llegada de Edimburgo para los funerales, también aparecía sobrecogida. Pero no tanto como el joven Lord Hudfield, lívido y tenso, solo en otro extremo del círculo de asistentes a la fúnebre ceremonia, Y por fin...

Un chirrido largo, agrio, estremecedor. La tapa se alzaba. El raso violáceo brilló a la luz de las lámparas. Un rostro exangüe, con la palidez de la muerte apareció en el lecho morado del forro de la caja funeraria. Lorna Landers

continuaba allí tan serena y tranquila como cuando fue sepultada. Parecía realmente dormida.

Hazel rompió en sollozos, abrazada a Brian. El la apretó contra sí con mayor fuerza, tratando de inculcarle ánimos.

—Bien —dijo roncamente el policía—. Doctores, es su momento.

Los forenses se aproximaron al ataúd. Se pusieron de rodillas. Uno examinó minuciosamente el cadáver. Hubo un cuchicheo con el otro. El segundo forense procedió a su vez a un nuevo examen. Otro cuchicheo brotó de sus labios.

La tensión era insufrible en el cerco de personas que rodeaba la tumba. Lentamente, los dos médicos se pusieron en pie. Parecían estar totalmente de acuerdo en su diagnóstico definitivo.

—¿Y bien? —la voz le salió ronca al inspector Wallace.

—Inspector... —carraspeó el médico que era portavoz de ambos—. Esta mujer está viva.

CAPITULO IX
EL SECRETO

Hazel se había desmayado en brazos de Brian Cameron al oír esas palabras. El joven pintor tuvo que ocuparse de ella mientras un revuelo de histerias, de sobresaltos, de llantos y de comentarios excitados siguieron al frío informe forense Con toda rapidez, otro vehículo oficial, una ambulancia que formaba parte del nocturno cortejo, por previsión de la policía, fue conducido cerca del panteón, y se trasladó a la persona enterrada hasta entonces al interior del carruaje, en una camilla, partiendo sin pérdida de tiempo, con ambos doctores y con el inspector Wallace en dirección al centro hospitalario más próximo.

Aquella misma madrugada. Lorna Landers recuperaba el conocimiento en el hospital. Y sus primeras palabra al volver a la vida tras su horrible trance cataléptico, fueren para acusar a la persona que la visitó aquella trágica noche v enveneno sin duda alguna su oporto.

Esa persona era Molly Balderston, la doncella supuestamente enferma.

—De modo que ha vuelto...

—Sí, Cameron —sonrió ella débilmente—. He vuelto a la vida. Creo que gracias, a usted, entre otras cosas...

—No. señorita Sanders —negó el pintor, dominando su emocionante su cliente que regresaba de entre los muertos—. Gracias a mí, no. La policía, su amiga Hazel, sus parientes, el juez... Todos colaboraron a este logro. Yo me limite a cumplir mi encargo. A pintar un triste cuadro llamado «Estudio en Negro».

—Oh. .no me hable de él —se estremeció la bella joven, sentada en el lecho del hospital donde se hallaba internada—. Fue una idea macabra y horrible. Pero es que intuía algo parecido. Siempre tuve premoniciones. Y mi miedo a la catalepsia hizo el resto.

—Hazel sabía eso. Está fuera, esperando. Desea verla cuanto antes...

—Oh, no, ahora no —rechazó vivamente Lorna, con gesto de fatiga—. Me siento demasiado cansada para ver a nadie más. Dele las gracias por todo en mi nombre, Brian Cameron. Mañana la veré. Y a usted también, imagino.

—Por supuesto —sonrió Brian, guiñándole un ojo—. Poseo aún algo que usted me dio y que no he devuelto a nadie todavía.

—¿Qué es ello? —los grandes ojos de la hermosa dama le miraron con viveza. —El camafeo.

—Oh, el camafeo... Sí, ya recuerdo —asintió, distraída—. Guárdelo bien. Cameron, y ya me lo entregará mañana. Dios mío, lo que celebro estar aquí de nuevo, no haber despertado allí dentro, en el horror oscuro y estrecho de mi ataúd... Se estremeció, cerrando los ojos. Una enfermera acudió a atenderla. Brian no dijo nada. Apretó con calor una mano dé la joven paciente, y salió casi de puntillas de la habitación, reuniéndose con Hazel en el corredor con

olor a desinfectantes.

—Vamos —invitó—. Está muy agotada. Mañana volvimos a verla...

—¿No ha querido verme ahora? —se dolió la muchacha de Sheffield.

—No, lo siento. Parece que ha sufrido demasiadas emociones, unidas a su retorno a este mundo... Será mejor que mañana, con más calma, podamos hablar con ella. Y entregarle el camafeo, por supuesto. Ahora, de todos modos, sí se lo diré al inspector. No quisiera que corriese ningún otro riesgo, si el motivo del intento de asesinato de la doncella Molly Balderston fue esa joya precisamente.

* * *

Salieron del hospital. Cuando pisaban la acera, llegaba en un carruaje el inspector Wallace con gesto adusto. Se detuvo al verles.

—El pájaro voló —dijo agriamente—. Nadie sabe nada en Reading de esa fulana. Nadie la ha visto otra vez por allí. El doctor Masón admite que ella pudo haber salido, pese a la fiebre, para cometer el crimen, regresando a Londres, puesto que esa fiebre y esa tos pudieron haber sido provocadas por ella, si es todo lo astuta que se supone. En su casa sólo quedan algunas prendas de ella, objetos sin valor y nada que nos revele su actual destino, maldita sea. De todos modos, confío en echar el guante a esa pécora. ¿Cómo está la resucitada, Cameron?

—Todo lo bien que puede esperarse tras esa experiencia. Los médicos califican de asombroso el hecho de que su catalepsia pudiera durar tantos días. Al parecer, estaba a punto de volver en sí cuando se la rescató de allí dentro, evitándole una muerte horrible. Es lo que he oído decir al doctor que la atiende.

—Sí, todo en este caso ha sido asombrosamente oportuno. La idea del doctor Brooks de no destruir su belleza con la autopsia, la inexplicable actitud de la señora Parker, no embalsamando el cuerpo como se le exigió v como ella justificó con su factura... Puede decirse que Lorna Landers ha vuelto a la vida de puro milagro, ésa es la verdad.

—Bien, sea como sea, ahora que ella ha resucitado, inspector, creo que ha llegado el momento de confesarle algo... —se armó de valor Brian para abordar el asunto escabroso de¡ camafeo.

—¿De veras? —el policía le miró, enarcando las cejas —. Bien, adelante... ¿Qué es eso que debe contarme? ¿Acaso me ha ocultado realmente algo durante todo este tiempo?

—Pues... me temo que sí. Yo...

—¡Inspector! —llamó una voz a espaldas del policía. Y este se volvió, cuando un carruaje se detenía en el bordillo y un agente uniformado acudía a su encuentro, saludándole respetuosamente—. ¡Inspector, tengo algo que comunicarle!

—Adelante, Reeves —gruñó el policía, mirando a su subordinado—. ¿Qué

novedades hay?
—Se trata de un hombre muerto, en el interior de un carruaje, en Chelsea... Cayó sin duda del pescarte cuando conducía. Ha sido identificado, y creí que le interesaría saberlo cuanto antes.
—Vamos, Reeves, acabe de una vez: ¿quién es el muerto?
—Un francés cuya presencia en Inglaterra se ignoraba. Un hombre fornido, canoso, muy rubio y elegantemente vestido... Un tal Jean Pierre Duprez, de malos antecedentes según la policía francesa... Proxeneta, estafador y falsificador...
Brian recordó en el acto al hombre del macferlán marrón, en el cementerio de Brompton. Jean Pierre Duprez, e! vividor de mujeres de mala nota... Muerto.
—¿De qué murió? —Quiso saber Brian, recordando al hombre fornido de la bufanda al rostro, azotándole con el látigo desde un pescante—. ¿Se sabe, agente?
—Según el forense, parece que está envenenado. Un veneno lento, que le paralizó el corazón cuando conducía el vehículo...
—Vamos —dijo adustamente Wallace—. Parece que otro personaje desaparece de escena, Cameron. ¿Qué era lo que tenía que decirme?
—En otro momento, inspector. Ahora tiene trabajo. Hablaremos luego de ello. Pero juraría que ese hombre. Duprez, es quien mató a Yvonne Marquand y me golpeó desde el pescante de aquel carruaje. También creo que tenía algún interés en la muerte de Lorna Landers. Estaba en el cementerio el día del funeral.
—Y el carruaje donde murió ha sido hallado no lejos del cementerio de Brompton, precisamente —explicó el policía Reeves a su superior—. Debió de morir de madrugada...
Wallace se ausentó. Hazel y Brian volvieron a quedarse solos. Ella murmuró, mirándole preocupada:
—¿Qué cree que está sucediendo, Brian? ¿Por qué han envenenado a ese hombre?
—No lo sé. Tampoco sé por qué tenía interés en Lorna Landers. Pero quizás Molly Balderston, la doncella desaparecida, la asesina fallida de Lorna, sea la clave de todo.
—¿Molly Balderston? —Se extrañó Hazel—. ¿Por qué ella?
—Ahora pienso que el asesino tuvo siempre un cómplice... Ese cómplice pudo ser Duprez, Molly ya no lo necesitaba, ahora que Lorna ha vuelto a la vida y falló su plan criminal. Pero sigo preguntándome por qué quiso matar a Lorna. No tiene sentido, a menos que hubiera querido robarle ese camafeo que no estaba en su casa ese día. Lo que sí creo, es que Molly Balderston y la prostituta francesa Vivianne Leduc, son la misma persona. Ya sabe, la que fue compañera de Yvonne Marquand en París...
—Sigue sin tener mucho sentido todo ese embrollo, ¿no le parece?
—Quizás. Pero ahora debo ir a buscar ese camafeo, Hazel. Es posible que

convenga que el inspector Wallace lo vea antes que la propia dueña...

—¿Puedo ir con usted? No tengo otro amigo en Londres...

—Claro —sonrió Brian—. Vamos allá. Empiezo a no poder vivir sin usted, Hazel.

Y tomándola del brazo, se encaminó a por un carruaje.

Esta vez no había novedades desagradables en el estudio. Brian y Hazel entraron en la buhardilla, y el joven pintor respiró aliviado, encaminándose a por la paleta de colores.

Extrajo cuidadosamente el medallón y lo limpió con aguarrás hasta dejarlo impecable. Hazel lo tomó en sus manos, fascinada, mientras Brian se ocupaba de limpiar ahora sus manos manchadas con la pintura.

—Es curioso —comentó la muchacha—. A Lorna nunca le gustaron las joyas de este tipo. Las detestaba. Debieron de cambiar sus gustos con el tiempo.

—Sin duda. Tal vez fuese ésa la única joya que estimaba. En el féretro no llevaba ninguna otra.

—Su memoria flaquea, Brian —sonrió dulcemente Hazel—Cuando la vi dentro de aquel horrible ataúd, anoche en la exhumación, Lorna llevaba un bonito anillo de oro con una perla en su mano derecha. Las mujeres siempre nos fijamos en esas cosas.

Brian arrugó el ceño. Luego meneó la cabeza en sentido negativo.

—¿De veras? —dudó—. No lo entiendo. Estaba seguro de que no llevaba nada en sus manos, cruzadas sobre el pecho, allá en la cámara ardiente... Yo, al menos, así la pinté. Tal vez recuerdo más el maldito cuadro que la realidad... Eh, ¿qué es eso?

En los dedos de Hazel, el camafeo había emitido un suave, apagado chasquido... abriéndose en dos. Dentro del óvalo con el retrato al óleo de Lorna había algo más. Ahora, el camafeo mostraba dos caras internas, sobre la mano de la muchacha.

—Ocurre muchas veces —sonrió la joven ingenuamente—. Esta clase de joyas suelen tener un resorte para abrir, y dentro pueden llevar dos retratos más.

Brian asomó, curioso, contemplando el interior en sus dos lados, abierto como la tapa de un reloj de bolsillo. Meneó la cabeza, sorprendido.

—Vaya. Se repite el mismo tema. Hay dos Lornas ahí dentro. Dos retratos iguales, con diferente vestido en cada uno de ellos... —comentó, trivial, disponiéndose a servir unas lazas de té.

—No. no —rechazó Hazel mirándole con las cejas arqueadas—. No son dos retratos de Lorna, Brian. ¿No se ha fijado? Es un solo cuadro al óleo dividido en dos óvalos. Son las dos hermanas Landers. Lorna y Velvet...

—¡Velvet! —Brian lanzó una exclamación de asombro y regresó de inmediato, tomando el camafeo de manos de Hazel casi bruscamente—. No es posible... Si son iguales las dos...

—¿Es que no lo sabía? —Comentó Hazel con sencillez—. Eran gemelas.

Exactamente iguales entre sí. Sólo sus padres sabían distinguir a una de otra...

Cameron se quedó mirando a Hazel con ojos atónitos, la mirada dilatada, el gesto helado por el estupor. Lentamente, se dejó caer en una silla, con el abierto medallón ante sus ojos, y las dos muchachas totalmente idénticas contemplándole desde el interior de la joya.

—Dios mío, no puede ser... —jadeó—. ¿Y Velvet murió en el naufragio?

—Así es. Hace ya cuatro años. En el naufragio del «Mary Stuart», frente a las costas francesas. Exactamente frente a Cherburgo... Sus padres fueron enterrados en tierra francesa, según creo, porque allí se rescataron sus cuerpos.

—¿Y... ella... Velvet? —la señaló Brian en el camafeo con gesto sombrío.

—Nunca apareció su cadáver. Pero no hay duda de que murió al hundirse el buque.

—Nunca apareció su cadáver... —repitió lentamente Brian, mirando con creciente horror a Hazel, mientras algo, una súbita y terrible idea iba formándose en su mente—. No, Hazel. No... Creo que las cosas son distintas en realidad... Creo que anoche, en Brompton Cementery, asistimos a la aparición del cadáver de Velvet Landers.

—¿Pero qué está diciendo? —se asombró Hazel, mirándole con estupor.

—Es un complot monstruoso, diabólico... —jadeó Brian, encaminándose con rapidez hacia la puerta—Pero ahora sí. Ahora todo encaja... Hazel, estamos ante un hecho escalofriante y terrible, ante una prueba siniestra de la maldad humana llevada a su extremo máximo... Ahora se por qué el suicidio del doctor Brooks, el forense, y la repentina muerte de la embalsamadora señora Parker no encajaban, porque no me convencían en absoluto...

—¿Qué quiere decir, Brian? ¡Por el amor de Dios, no le entiendo!

—Era tan simple... y sin embargo tan complicado... —siguió Cameron, como hablando consigo mismo, siguiendo e, hilo de sus pensamientos, camino de la salida, en autentico trance—. La nota del suicida era falsa... y Jean Pierre Duprez era falsificador entre otras cosas... Un ventanuco de las dependencias de madame Parker estaba abierto esa noche porque por allí entró y huyó el asesino... Si, Hazel el asesino. El médico y la embalsamadora fueron asesinados, Igual que Yvonne Marquand, igual que el propio Jean Pierre Duprez... igual que la infortunada Lorna Landers, una mujer a quien yo jamás conocí en vida...

—¡Brian! ¿Se ha vuelto loco? —Sollozó Hazel, aterrada mirándole con estupor—. ¿Adónde va? ¿Me deja sola aquí? ¡No se vaya! ¡Tengo miedo, usted me da miedo!

—No Hazel. Yo no puedo darle miedo —la miro casi delirante, el joven pintor—. ¡Qué estúpido he sido todo este tiempo! Todo preparado para la resurrección, para el gran momento de la farsa... Hazel, ¿prefiere venir conmigo a ver algo horrible, que quedarse aquí, sola, esperándome'

—¡Sí, sí! —Gimió la muchacha—. Voy con usted adonde sea... Estoy asustada...

—Tiene motivo para estarlo, querida amiga. Jamás en su vida habrá podido encararse a tan perversa crueldad, a semejante maldad humana...

Tiró de ella, camino de alguna parte. Tomo un carruaje, llevando consigo el camafeo de Lorna Landers. Pronto supo Hazel que su destino era de nuevo Brompton Cementery...

CAPITULO X
EL HORROR

—¿Adonde me lleva, Brian? Me da usted miedo... aunque por otro lado se que no podría quedarme sola ahora, lejos de usted...

—Cálmese, Hazel —le pidió, ronca pera más serena, la voz de Brian Cameron, mientras avanzaban entre tumbas y lápidas a través de Brompton Cementery, mientras la noche ya había caído sobre Londres y la niebla se enroscaba como algo vivo y frió en torno a sus piernas para luego revolotear en vapores irreales por el camposanto—. No debe temer nada de mí. Tal vez tenga razón en asustarse por lo que ha oído. Su mente es demasiado limpia, para entender tanto horror, tanta maldad refinada, tanta perversidad tras un bello rostro...

Mientras se aproximaban por entre los árboles, el mojado césped las inquietantes formas de las lápidas en la noche, hacia un cobertizo destinado sin duda a guardar las herramientas de los sepultureros. Brian seguía hablando, siguiendo el hilo de sus excitados pensamientos:

—Lo cierto es que esa mujer. Molly Balderston, jamás existió. Era Vivianne Leduc, la prostituta llegada de Francia. Una peluca, un maquillaje exagerado, un poco de relleno en el rostro y algunos trucos más, así como un comportamiento soez y provocativo, ocultaban en la falsa doncella empleada en casa de los Landers la identidad real de la criada. Su alojamiento en Reading databa de hacía poco tiempo. Nadie sabía nada de ella. En complicidad con la rubia Yvonne Marquand, su compañera en París, y del fornido Jean Fierre Duprez, su protector y proxeneta habitual, vinieron a Inglaterra para hacer algo que les proporcionaría dinero abundante. ¿Qué era ello? El asesinato de Lorna Landers. Pronto se asustó Yvonne de la serie de crímenes que se tenían que cometer y, asustada, trató de abandonar el asunto. Jean Pierre tuvo que matarla cuando esperaba para seguirme, puesto que todos espetaban que yo devolviera el camafeo, que Molly Balderston se encargaría de robar de nuevo, y yo no había hecho tal cosa. Así las cosas, todo dependía ya de que yo jamás descubriese el truco del medallón, donde se ocultaban los retratos de ambas hermanas. Los hombres somos, sin embargo, muy torpes para esas cosas. Nunca imaginé nada así, y sus temores eran injustificados. Para llevar a cabo todo su plan minuciosamente dispuesto, era preciso hablar de la catalepsia de Lorna Landers. Mi retrato, el famoso «Estudio en Negro», sería la clave para mencionar los temores de Lorna al respecto. Para ello, sería preciso que hubiese dudas razonables de que el cadáver no había sufrido ni autopsia ni embalsamamiento. Se cuidó de ello Jean Pierre, asesinando al doctor Brooks en su propio despacho, y falseando su declaración póstuma. Luego envenenó a la señora Parker fingiendo un ataque cardíaco. Pero él mismo iba a ser víctima de su cómplice y protegida que, si hasta entonces le había necesitado para las tareas más duras, una vez

efectuada la última, ya no le era necesario y podría satisfacer en él su odio personal. De ese modo, envenenando con un tóxico lento pero seguro, no lejos del cementerio halló Jean Pierre Duprez la muerte en su carruaje, cuando se alejaba, tras haber hecho la tarea más dura de todas: abrir el féretro y la lápida, y cambiar el cadáver de Lorna Landers por... su hermana gemela Velvet, viva y bien viva, dispuesta a interpretar a todo riesgo el gran tour de forcé final de su farsa: el momento de la exhumación —que ella ya conocía anteriormente—, para aparecer allí, en el féretro, llena de vida. La catalepsia y todo lo demás serían su mejor coartada para volver a la vida. —Pero... pero entonces... —se detuvieron los dos a la puerta del cobertizo sombrío y pequeño—. Entonces Lorna... no ha vuelto a la vida.

—Claro que no —rió sordamente Brian—. Lorna Landers fue envenenada realmente. Y sufrió autopsia y embalsamado. La que conocemos ahora, la resucitada... es su hermana gemela, Velvet. La que yo conocí en mi estudio, la que me encargó el cuadro para Lorna y me pagó cien libras, dándome su propio camafeo. La que empezó así a crear el cuma para su plan diabólico. La que ocupaba en casa de los Landers el puesto de la doncella Molly Balderston, y por eso podía saber qué día y hora exactos sería la exhumación del cadáver para correr un mínimo riesgo de muerte por asfixia. La que podía robar el camafeo si yo lo depositaba en el cadáver o lo devolvía a la familia. En suma: Vivianne Leduc, Molly Balderston y Velvet Landers son una misma persona.

Habían abierto la puerta del cobertizo, que no estaba cerrada sin duda porque nada de valor había allí dentro que guardar. Brian encendió un fósforo. Entraron. El lugar olía a lóbrego, a vacío y húmedo. Hazel sintió horror al ver restos de ataúdes putrefactos, palas y picos, restos de comida, botellas vacías... y algunos huesos humanos, incluso una calavera arrinconada. Se aferró a Brian, estremeciéndose.

—Dios mío, qué horrible lugar —musitó—. Pero, ¿por qué hizo Velvet todo eso, tantos años después de su presunta muerte en el naufragio? ¿Por qué matar a Lorna, si ella misma tenía tanto derecho a la herencia como su hermana gemela?

—Odio entre ellas, sin duda. Velvet debía de odiar desde niña a Lorna. Así se deshacía de ella y toda la fortuna era para la falsa Lorna. Velvet ha sido siempre muy audaz en todo, sin duda alguna. ¿Se ha fijado en su falso nombre francés? Vivianne Leduc. Conservó las iniciales en su vida parisina.

—Pero hacerse una ramera en Francia, sufrir vejaciones, soportar a tipos como ese Duprez... ¿por qué, siendo ella Velvet Landers, la hija de una rica familia?

—Ese es el único punto que no entiendo bien. No sé qué pasaría por su mente en esos momentos, pero... Ah, aquí está. Lo sabía, Hazel. Si se siente con fuerzas, mire. Pero le advierto que es algo espantoso. Es la prueba. La única prueba que puede quitarle ahora a Velvet la fortuna que ya tiene en sus manos...

Y Brian encendió otro fósforo, tras apartar una serie de viejas cajas de difuntos, lápidas agrietadas y cosas por el estilo. Hazel lanzó un ronco grito de horror. Allí estaba ella.

La mujer que Brian nunca conoció realmente, salvo en el ataúd, en la cámara ardiente. La verdadera Lorna Landers. Muerta, desnuda, cubierta por las cicatrices y costurones de la autopsia y embalsamado. Arrumbada en un rincón, con sus párpados cosidos para no mostrar los ojos vaciados, triste y atroz a la vez en aquel frío y tétrico lugar.

Hazel lanzó un grito de angustia y se abrazó a Brian. Este la acogió, murmurando roncamente:

—Ahí tiene a su querida amiga Lorna... Ella sí es la verdadera. La que nunca me encargó el «Estudio en Negro». Por eso Velvet, al visitarme haciéndose pasar por Lorna, no me dio nombre ni señas hasta el día en que Lorna murió. Por eso en la cámara ardiente, Lorna tenía sus manos desnudas y usted le vio anoche un anillo a la supuesta resucitada, sometida a un simple narcótico para simular catalepsia, mientras su cómplice y explotador moría lentamente, sin duda con horribles dolores, dentro del carruaje con que se alejaba del lugar de la apoteosis final de su plan monstruoso... Pero como usted nos dijo, Hazel, todo eso, ¿por qué? ¿Por qué Velvet tardó años en volver y lo hizo como una asesina? ¿Por qué fue una vulgar ramera en Francia, y no reclamó jamás sus derechos a los Landers? Es el único punto oscuro de la trama...

—Muy sencillo, Cameron: porque estuve durante más de tres años amnésica en Francia, sin saber nada de mí ni conocer mi identidad real... hasta que de repente recobré la memoria que había perdido en el naufragio y que me hizo deambular durante años por las costas y por la capital, como una cualquiera... ¿Responde eso a su presunta, mi querido amigo?

Hazel lanzó un chillido de terror y volvió la cabeza, aferrándose con mayor fuerza a Brian. Este también miró adonde sonaba la voz. No le sorprendió ver a la pálida, hermosa Velvet Landers, con una lámpara en una mano y un revólver en la otra, encañonando a ambos, envuelta en una capa negra que agitaba el frió aire húmedo del cementerio, bloqueándoles la salida del cobertizo macabro.

—Debí imaginarlo —jadeó Brian serenamente—. Ha vuelto para deshacerse del cuerpo del delito, ¿no es cierto? De lo único que podría impedirle culminar su obra y ser la dueña de toda la fortuna de los Landers... El cuerpo sin vida de su hermana. ¿Tanto la odió para asesinarla tan cruelmente en vez de reclamar sólo su parte

—Siempre la odié. Mis padres me tenían como su favorita, pero yo sabía que terminarían queriendo más a Lorna, porque ella era dulce y cariñosa, y yo fría y cruel —silabeó la hermosa mujer con un destello perverso en sus ojos —. Por eso, al recuperar mi memoria y saber quién era, planeé todo esto.

—Pudo haber resultado bien del todo., Velvet —comentó Brian secamente.

—No, Cameron. Ha resultado bien. Usted y Hazel irán a hacer compañía a

Lorna, a Yvonne, a Jean Fierre, al doctor Brooks y a la señora Parker... —rió Velvet—. Dos disparos bastarán. Nunca sabrá nadie quién les mató. Ese maldito cadáver desaparecerá para siempre, convenientemente desfigurado... ¡y yo seré Lorna Landers, rica y envidiada por todo Londres! Me he ganado ese derecho, Cameron. Ningún sucio pintor de vía estrecha va a impedírmelo...

—Cuidado, señorita Landers —avisó una dura voz a sus espaldas, brotando de la niebla del cementerio—. Asesinar a Brian Cameron y a su amiga Hazel Westcoat no evitará su fracaso. Ha perdido la partida, a pesar de todo. En nombre de la ley, está arrestada, acusada de fratricidio y diversos asesinatos más...

Nunca había respirado Brian con tanto alivio al oír la voz del inspector Wallace. De la niebla surgieron las sombras de varios policías armados con el inspector al frente. Los ojos de Velvet brillaron, malignos, fijos en Cameron.

—Vaya, usted tuvo razón —dijo con voz amarga—...... Casi resultó bien... Cometí un gran error al poner al asunto la pincelada dramática de su «Estudio en Negro», Cameron. Luego, Jean Fierre me recordó demasiado tarde lo de los retratos del camafeo. Creo que por su culpa se va todo al diablo. Pero sé perder... aunque no me guste. Adiós a todos.

Nadie, ni siquiera Wallace, pudo hacer nada por evitarlo.

Velvet Landers, con frialdad aterradora, giró el revólver hacia sí. Disparó a quemarropa sobre su bello rostro. Una pulpa sanguinolenta suplantó la hermosa faz del camafeo. Hazel gritó, ocultándose contra Brian, sacudido su cuerpo por espasmos. Reventado su cráneo y desgarrado su rostro por la potente bala a quemarropa, Velvet Landers se desplomó a los pies de los policías, quedando inmóvil.

—Sabía perder —murmuró Brian—. Pero le faltaba, valor para aguardar la horca, inspector. Ahora, todo ha terminado.

—Todo, no —gruñó el policía malhumorado—. Tenemos que hablar usted y yo de ese maldito camafeo que me ocultó.

Les he vigilado todo este tiempo en el cementerio. Sabía lo que iba a suceder. Velvet fue seguida desde el hospital en su fuga de esta noche, que ella creía inadvertida. Un largo comunicado desde París, informándome de la amnesia de Vivianne Leduc, de su acento inglés al hablar, así como el hallazgo inesperado de ciertos documentos entre las ropas de la falsa Molly Balderston, me dieron la pista para montar todo esto. Ahora, deme el maldito camafeo. Luego le diré unas cuantas cosas para que sepa confiar cuanto sabe a la policía.

Brian le tendió el medallón. Tomó por los hombros a Hazel y salió con ella fuera del trágico cobertizo. Respiró el aire frió, la bruma, contempló el cementerio, escenario final de la tragedia de Lorna Landers.

—Hazel, creo que deberías quedarte en Londres —murmuró Brian—. Tu vida como esposa de un pintor con problemas puede ser tan mala como cosiendo toda la vida en Sheffield, pero al menos me tendrás cerca... y yo a ti.

¿Sabes? He empezado a acostumbrarme a tu compañía...

—Y yo, Brian, y yo... —contestó ella, entre sollozos, apretándose más a él.

Era toda una respuesta, pensó Cameron satisfecho.

FIN